
Palabras de vida: una conversación con Antonio Alatorre

Jean Meyer*

Jean Meyer. Admiré tu valor cuando me dijiste que te daba igual escribir unas páginas a que yo te entrevistara. Eso realmente me sorprendió, de manera que “en tus manos encomiendo mi espíritu”, literalmente.

Antonio Alatorre. Bueno, lo que pasa es que yo soy muy dado a la autobiografía. Una vez escribí un artículo sobre folklore infantil que no era más que eso: una autobiografía pura. Los juegos de mi infancia, en mi pueblo. Hasta en artículos eruditos hablo de mí, y no digamos en mis clases, y sobre todo con amigos. Tú me dijiste el otro día, si entendí bien, que querías saber por qué caminos vine a estar donde estoy hoy, cómo es que llegué a ser lo que soy, o algo por el estilo. Ante una pregunta así, inmediatamente me pongo a hablar de mi infancia, porque allí estoy: la traigo conmigo.

LA ESCUELA

Hace un par de meses sonó el teléfono, y descolgué y dije: “¿Bueno?”, y me contestó una voz: “Soy fulano Zedillo...” (¿cómo se llama el secretario de Educación?). (Por cierto, me llamó la atención eso. Generalmente, y aún tratándose de gente mucho menos importante, lo que oigo en esos casos es la voz de una secretaria: “Un momentito, le va a hablar el señor tal o la doctora tal”, y a veces el momentito se estira y se estira). Me dice, pues: “Soy... Zedillo, secretario de Educación; perdóneme este ataque personal, pero estamos aquí metidos en los programas educativos, y hay voces que dicen que las clases de español en la escuela primaria son un desastre. Me

* Tomado de *Egohistorias* (México: CEMCA, 1993), coordinado por Jean Meyer. La entrevista tuvo lugar a principios de 1993 en la casa de Antonio Alatorre.

gustaría saber qué opina usted. ¿Por qué no escribe unas paginitas y me las manda?” Yo le contesté que lo haría con mucho gusto. Y lo que hay en esas páginas es una evocación de los años que viví en la escuela de mi pueblo. Lo que digo, en resumidas cuentas, es esto: “Yo me eduqué en una escuela muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera”. Como diciendo: “Sigán en la Secretaría de Educación ese modelo y ya está”. Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infancia, como te dije. En esa escuela tuve compañeros de huaraches, o incluso descalzos, sin más ropa que camisa y calzón blanco (pero chamagoso). Me emociona el recuerdo de esa convivencia humana. Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo. Siempre ando diciendo que lo que sé de muchas cosas, por ejemplo de lo que ocurre entre los pulmones y corazón, la oxigenación, la expulsión del carbono, la sangre venosa y la sangre arterial y todo eso, lo tengo en la cabeza porque la maestra de quinto año nos lo explicó. Después, sí, he leído cosas, pero lo esencial lo sé desde aquel entonces. Y todo lo demás: geografía de México, y de América, y del mundo (recuerdo con orgullo los mapas que yo hacía); historia... (recuerdo muy bien que en 6° año se nos habló de Grecia y Roma y se nos explicó cómo estuvo esa guerra que comenzó con el asesinato de un archiduque austriaco en Sarajevo); y anatomía, y zoología, y hasta cosmografía... (fue es esa escuela donde hice contacto con las dos Osas, y Casiopea, y el Cisne, y la Corona de Ariadna, y Orión, y Aldebarán y Sirio). Todo eso lo asimilé allí para siempre. En sexto aprendí a solfear, a leer música. Y otra cosa que siempre me ha llamado la atención: la cantidad de oficios que me enseñaron en cuarto, en quinto, en sexto año: canastas de mimbre y de alambre, bolsas de ixtle, juguetes de barro, cosas de madera calada... Una vez hicimos brillantina; otra vez hicimos pasta dentrífica. Lo que hacíamos se exhibía al final del año escolar (junto con los dibujos y lo demás). Y eran cosas que servían. Entre mi hermano y yo hicimos unos muebles de otate que funcionaron como recibidorcito, cerca del zaguán de la casa, durante no sé cuánto tiempo. Quienes nos enseñaban todo eso eran *gentes* del pueblo: un alfarero, un carpintero, etcétera. Era como si una de las preocupaciones de la escuela fuera pensar en los destinados a practicar un oficio en la vida. En fin. El caso es que cuando pasé de Autlán a la escuela apostólica de los

Misioneros del Espíritu Santo (en Tlalpan), yo sabía muchas cosas que mis compañeros no sabían, de manera que era un estorbo para ellos. Recuerdo concretamente que ninguno tenía nociones de álgebra, mientras que yo me había metido creo que hasta en trigonometría. Y digo que “creo” porque las matemáticas son lo único que he olvidado. Recuerdo muy bien cómo es el ornitorrinco, pero no recuerdo qué es una ecuación de primer grado. Bueno, el padre superior me pasó a segundo año; y como los de segundo ya habían llevado latín y francés durante un año, mi tarea principal fue ponerme al corriente en esas dos materias.

Jean Meyer. ¿Era pública o particular esa escuela de Autlán?

Antonio Alatorre. Pública: la Escuela Primaria Superior para Niños. No había en Autlán ninguna escuela particular. La directora era una mujer extraordinaria: sólida, inteligente, enérgica, respetada por todos y también querida, porque era encantadora. Además, vivía enfrente de mi casa. Esto es importante. Vivía enfrente de mi casa... (Por favor, si ves que me desvío mucho de lo que tú quieres, nomás interrúmpeme. Yo voy diciendo lo que buenamente se me viene a la cabeza). Se llamaba María Mares. Mariquita. Era la directora, y era también la maestra de sexto año. Mariquita nos habló de la *Iliada* y la *Odisea* y nos habló también de la guerra del 14. nos habló de todo: de la locomotora, de las vacunas, de la electricidad... (Había en el salón un arcaico laboratorio de física; recuerdo sobre todo el disco de Faraday, que estaba descompuesto, pero que todavía servía para saber cómo se producía la electricidad).

Además, llevábamos el registro del tiempo: quiero decir que el salón de sexto año era el observatorio meteorológico de Autlán. Día por día se anotaba la temperatura, el estado del cielo, la dirección del viento...; y era bonito cuando había un fenómeno fuera de serie, como rayos, o niebla, o un arco iris. Estábamos jugando, pero la cosa iba en serio. Todo eso era bonito. La escuela fue para mí un gran regocijo. Pero lo del regocijo vendrá después.

LA FAMILIA

Fui el sexto de una familia de diez: primero dos mujeres, luego cuatro hombres, y yo fui el menor de estos cuatro. Pienso que hay que poner un

poco de escenario: esa casa grandota, con sus corredores, jardín, patio, segundo patio, trojes, corrales, y una huerta de regular tamaño, con naranjos, limas, mangos, plátanos, y un tanque para regar la huerta en tiempo de secas, que aprovechábamos para bañarnos al volver de la escuela. Mucho espacio para jugar. Pero yo quedé como aplastado por mis tres hermanos mayores y me hice retraído. Aprendí a nadar, pero solito. No quise que me enseñaran mis hermanos, no me fueran a hacer una trastada. Me hice con toda naturalidad el clásico niño quietecito. Evidentemente, aproveché la cosa para ganarme a mi mamá: yo no hacía travesuras, yo no daba guerra (lo cual, ahora, me parece una forma normal de *struggle for life*). Aquí entra un episodio conectado con la Cristiada. Por no se qué razones, el cuartel militar del pueblo fue evacuado (¿así se dice?), y como una tía lejana era la encargada (o algo por el estilo) de la casa donde estaba el cuartel, nos metimos mis hermanos y yo y encontramos cosas tiradas, sobre todo gorras; pero el hallazgo más sensacional fue un sable flamante, con su funda y todo. Allí mismo comenzó un pleito terrible entre los dos mayores, Moisés y Luis, sobre quién había visto primero el dichoso sable. Bueno, pues regresamos a casa con nuestras gorras... De hecho, yo ni usé la mía: me quedaba grandísima, y además me daba como asco. Las gorras quedaron eliminadas inmediatamente por mi mamá. “Están llenas de piojos blancos”, dijo. No sé si hay de veras piojos blancos, pero la cosa se me quedó grabada como el colmo del horror. El sable era otra cosa. Mi papá decretó que nos pertenecía a los cuatro, pero eso era teoría. En la práctica, los dueños del sable siguieron siendo Moisés y Luis. (Tengo grabada esta imagen: Moisés, con el sable, marchando heroicamente por la huerta y derribando a diestra y siniestra quelites y catarinas, esas hierbas que crecen hasta dos metros en tiempo de aguas). Pero el pleito entre Moisés y Luis siguió y siguió. Durante no sé cuánto tiempo, tal vez meses, tal vez semanas, a lo mejor sólo unos días, se oían los gritos de mi mamá: “¡Ay, muchachitos de porra, cómo muelen! Un día voy a agarrar ese dichoso sable y lo voy a echar al escusado”. (Tal vez deba aclararte que el escusado era un pozo como de diez metros de profundidad). No recuerdo si yo hice algún razonamiento; no recuerdo si estuve madurando un plan; lo que recuerdo es que un día, a una hora en que no estaban mis hermanos, agarré el sable y ... ¡pum! ¡al escusado! Y a la hora de la comida, cuando todos preguntaban dónde estaría el sable, yo,

muy tranquilo, conté mi hazaña. Bueno, ni tan hazaña; mis papás, los dos, me dijeron muy claramente que lo que hice no estuvo bien hecho. Y así se acaba el cuento del sable. Me pareció útil contártelo, porque siempre he sentido como muy simbólico ese episodio. De alguna manera yo estaba marcando mi distancia con mis hermanos. De alguna manera me estaba pareciendo a José, el de la Biblia. La historia de José y sus hermanos siempre me ha fascinado. Y siempre me identifico con José.

Jean Meyer. ¿Qué edad tendrías cuando lo del sable?

Antonio Alatorre. ¿Cuándo fue el lío cristero?

Jean Meyer. Del 26 al 29.

Antonio Alatorre. Pues la cosa sucedió seguramente en 1928, y en tiempo de aguas, o sea como por julio o agosto. En ese julio cumplí yo seis años. Recuerdo que ya tenía el hábito de la lectura. Lo que más me gustaba era leer. Cuando mi papá o mi mamá iban a Guadalajara y regresaban con regalitos para todos, a mí siempre me traían un libro...

Jean Meyer. ¿Aprendiste a leer antes de la escuela?

Antonio Alatorre. No, pero comencé a los cuatro años.

Jean Meyer. ¿O sea que entraste muy temprano?

Antonio Alatorre. Sí, porque mi hermano Carlos... Carlos es un personaje muy importante en mi vida, siendo dos años mayor, era el que estaba más cerca de mí, de manera que fue, por una parte, mi peor verdugo, pero también, por otra parte, un buen defensor cuando hacía falta. Una vez, jugando con papalotes a la orilla del pueblo, yo insulté a un muchachito de mi edad; le dije “piojoso”, y él se me dejó venir, pero se interpuso Carlos, y hubo un buen agarrón. El muchachito traía en el ceñidor una armónica, y con esa armónica le llenó de chichones la cabeza a Carlos. Con decirte que la armónica misma acabó despedazada... Este episodio se me quedó tan grabado como el del sable, porque es también simbólico. Carlos sentía una como responsabilidad por mí. En fin, el hecho es que Carlos tenía ya seis años y no quería ir a la escuela, una escuelita de párvulos, negocio de dos solteronas viejitas muy pintorescas. Al final puso como condición que

yo fuera con él, y yo estuve muy de acuerdo. Es un poco la historia de Sor Juana, que aprendió a leer como por juego, acompañando a su hermana mayor. El caso es que Carlos y yo hicimos toda la primaria juntos, excepto que... Bueno, ni modo: tendré que contarte el episodio de la bicicleta, porque también ese episodio me afectó. A ver si puedo contártelo en pocas palabras. Estábamos Carlos y yo en segundo año cuando mi papá compró una bicicleta “para los cuatro”, pero que en realidad sólo le servía bien a Moisés, que tendría entonces doce años. Era la víspera del cumpleaños de mi papá, y mandaron a Moisés a comprar hojas de maíz para los tamales, y Moisés, como para que yo también gozara la bicicleta, me llevó con él; me acomodó en el cuadro y ahí vamos. Pero antes de llegar adonde vendían las hojas sucedió la desgracia: chocamos con una de aquellas enormes carretas de bueyes, cargada de maíz. No se supo cómo estuvo la cosa, y además no importa: el hecho es que la bicicleta quedó hecha caca y yo salí con una herida realmente espectacular en el brazo derecho. Me quedó una cicatriz fea, toda fruncida; tal vez el doctor que me atendió era un pendejo, o en Autlán no había medios para trabajos más finos. Resultado: nunca aprendí a andar en bicicleta, y nunca aprendí a manejar un automóvil. Hace veintitantos años dije: “Voy a superar este trauma, voy a aprender a manejar”, y recibí lecciones durante tres semanas, pero no: no pude. Ese accidente como que vino a confirmar mi gusto por la lectura. Los libros no eran peligrosos. Además.... Imagínate esta escena: es época de vacaciones y yo estoy leyendo algo muy a gusto, en el fresco del corredor, y son como las dos de la tarde, y entonces llegan mis hermanos con su sarta de lagartijas o “cuijes”, como se llaman en Autlán. Un deporte muy de época de vacaciones era matar cuijes a resorteros por los potreros que había alrededor del pueblo. Yo jamás pude con eso. Otro resultado del accidente fue que falté durante semanas a la escuela, y repetí segundo año, porque así lo dispusieron mis papás. Lo chistoso es que Carlos reprobó tercer año, evidentemente adrede, de manera que repitió tercero y así nos volvimos a emparejar.

Ahora no sé por dónde seguir. Creo que he dejado muchos hilos sueltos. Tú dirás.

Jean Meyer. Tengo la impresión de ibas a hablar más sobre tu maestra de sexto año.

LA MAESTRA

Antonio Alatorre. ¡Ah, sí! Mariquita Mares... Mariquita y ese glorioso sexto año, esa manera que ella tenía de enseñarnos toda clase de cosas y de mantenernos absortos y entusiasmados. El registro de los fenómenos meteorológicos, el modestísimo laboratorio de física... Estábamos organizados en sociedad cooperativa, y a la hora del recreo vendíamos dulces y fruta. Carlos y yo, muy de mañanita, íbamos a las orillas del pueblo a comprar jícamas; nos las desenterraban, las pagábamos, y en casa las lavábamos para llevarlas limpiécitas a la escuela. Las ganancias se destinaban a comprar libros para nuestra biblioteca. Recuerdo que una vez hice yo el catálogo de esa biblioteca, y se lo entregué a Mariquita; Mariquita lo revisó, y me dijo señalando uno de los títulos: “Ve otra vez este libro y corrige tú mismo lo que está equivocado”. Era el *Gil Blas de Santillana* de Lesage, y yo había escrito “Santanilla” en vez de “Santillana”. Qué vergüenza, ¿no? Pero también ¡qué inteligente manera de enseñar! Además de biblioteca, teníamos museo. La mejor pieza del museíto era una boca de tiburón, con sus hileras de dientes. Una vez Carlos y yo encontramos en la huerta un esqueleto de murciélago envuelto en una como pelusa y maravillosamente conservado, sin una sola costillita rota; lo limpiamos con mucho cuidado y creo que dijimos al mismo tiempo: “¡Esto es para el museo!” En ese sexto año había un ambiente de regocijo, de entusiasmo. Éramos unos 25 o 30 (y no había en Autlán más escuela superior para niños que ésa). Imposible que alguien se desinteresara de la tarea de aprender. Imposible que alguien flojeara.

En 1933 Mariquita tendría cincuenta y tantos años, de manera que debió haber salido de la escuela normal (de Guadalajara, supongo) muy a comienzos de siglo. A juzgar por lo que era Mariquita, la formación de maestros llegó a un alto grado de profesionalismo en la época porfiriana. No recuerdo que ella nos haya hablado alguna vez de Justo Sierra o de Gabino Barreda, pero es seguro que yo gocé de los beneficios de esa escuela normal positivista que ellos deben haber diseñado. María Mares fue una gran profesional de la enseñanza. Y quiero añadir dos cosas: una es que mi escuela primaria fue cien por ciento laica; el terreno de la religión estuvo siempre totalmente excluido; y la otra cosa es que jamás hubo

propaganda política; no se hablaba de “los logros de la Revolución” y esas cosas, y no se elogiaba al presidente de la República. Las dos cosas me parecen sumamente saludables. Me alegro de que mi escuela primaria haya sido *así*.

Mariquita vivía enfrente de mi casa con sus dos hermanas: Cuca, profesora de cuarto año (también buena maestra, aunque algo gris, algo apagada), y Nina, la mayor, que era el ama de casa. La casa de las Mares fue mi segunda casa, probablemente desde que yo tenía unos dos años. Allí no había competidores. A veces iba también Carlos pero una vez hizo no sé qué y Nina le dijo “Ahora verás, *muchacho perjuicio*” y Carlos se fue, ofendísimo, y nunca más volvió. Después, ya grande, cada vez que yo iba a mi pueblo visitaba naturalmente a las Mares y oía los recuerdos que ellas tenían del “Blanquito” (así me llamaban). Por ejemplo, las veces que le pedía a Nina un terrón de azúcar, y ella decía: “Mira, no hay”, y yo: “A ver, enséñame el bototito”, o sea el botecito del azúcar. (Este *bototito* te dará idea de a qué edad me hice hijo adoptivo de las Mares). Además, Mariquita tocaba el piano y tenía libros. Muy rara vez entré en su cuarto; quizá me lo habían prohibido. Lo mejor de sus libros era el *Tesoro de la juventud*, 20 maravillosos tomos que traían todo lo que un niño o un adolescente podía desear en aquellos tiempos sin televisión ni cine. Recuerdo esta escena: Mariquita y yo sentados, muy juntos, con uno de los tomos del *Tesoro de la juventud* abierto en las rodillas. Ahorita que lo pienso, es raro que no me haya atrevido a pedirle a Mariquita prestados esos tomos, uno por uno; también es raro que ella no tomara la iniciativa de prestármelos. Tal vez tenía miedo de que se los maltratara, o tal vez veía que la mayor parte del *Tesoro de la juventud*, como descubrí más tarde, estaba dirigido más bien a adolescentes. En todo caso, estamos muy juntos con ese tomo en las rodillas y yo estoy como en las nubes. Viendo por primera vez en mi vida esas columnas y esos muros y esas estatuas de Luxor y de Karnak. (Por cierto que Mariquita daba vuelta a las hojas del libro; no me dejaba hacerlo a mí). Total, aquello fue una dosis extra de escuela. Una dosis amasada en cariño. Porque es claro que si me hice habitante de esa casa fue porque buscaba cariño. Allí comía, allí merendaba, allí me quedaba dormido, y todas las noches venía por mí Pancho Núñez, el mozo de mi casa, que me llevaba hasta mi cama sin despertarme. Claro, mi mamá, que tuvo *diez* hijos...

UN PARÉNTESIS

Tú verás si esto que voy a decir es embarazoso de tan personal y en ese caso suprímelo y ya. En cierto momento, *nel mezzo del cammin*, sentí la necesidad de un psicoanálisis. Me sentía desorientado, mal equilibrado... en fin, no entremos en detalles. El caso es que durante los dos o tres primeros años del psicoanálisis llegué a armar una visión muy negativa de mi infancia. Digamos esto: mis hermanos me aplastaron mucho; fueron crueles conmigo; se burlaban de mi colección de estampitas religiosas; me pusieron un apodo muy ofensivo..., y allí le corto. Y si iba a quejarme con mi mamá (me la imagino en su lugar de siempre: ante la máquina de coser), ella meneaba la cabeza y decía: “¡Válgame, Dios! Del árbol caído todos hacen leña”, lo cual no era precisamente lo más adecuado. Total, llegué a la conclusión de que mi mamá no se interesó mucho por mí (ni por ninguno de sus otros hijos). Un día le conté a Moisés estas ideas, y Moisés se quedó sorprendidísimo; peló tamaños ojos y me dijo: “Oye, Toño, ¡qué equivocado estás! Mi mamá fue una madre excelente...”, y siguió, siguió hablando, como inspirado: mi mamá se entregaba por completo al bebé en turno, lo tenía limpiquito y bien atendido, lo trataba como a un rey; claro que después de dos años venía el siguiente bebé, y el anterior pasaba a la jurisdicción de Toña (luego te hablaré de Toña). Moisés me hizo ver cosas que yo no veía porque me estorbaban las lagañas. Fue como si las lagañas se me hubieran caído. Bien que fui testigo de cómo se portó mi mamá con sus dos últimos hijos, el noveno y el décimo (o la décima, mejor dicho). Moisés, seis años mayor que yo, había sido testigo de eso durante mucho más tiempo.

Además, quejarme de mi infancia era olvidarme de Toña, y ese olvido debería avergonzarme, porque Toña fue una maravillosa segunda madre. ¿Te acuerdas de la tía abuela lejana que tenía a su cargo la casa del cuartel? Pues Toña era hermana de ella. ¡Qué mujer! Bajita, flaquita, un manojo de tendones. Fue la nana de todos. Vivía con nosotros. Tenía su cuarto, y a veces nos prestaba una cosa extraordinaria que poseía: un estereoscopio, con su buen surtido de “vistas” (las más modernas, por cierto, eran fotos de la construcción del canal de Panamá). Cuando alguien se raspaba una rodilla o se descalabraba, acudía espontáneamente a Toña, no a mi mamá. Toña estaba de nuestra parte: era capaz de ocultarle la verdad a mi papá para sal-

varle el pellejo a alguien (porque mi papá era gran creyente en la virtud de los azotes). Cuando hablo con alguno de mis hermanos, en cuanto tocamos algo de la infancia, algo de Autlán, inmediatamente aparece Toña...

En fin, dejemos a Toña. A lo que voy es a esto: de la misma manera que de pronto vi lo evidente, o sea eso que Moisés me hacía ver, de esa misma manera todo aquello de lo mucho que sufrí en mi infancia, de lo que me hicieron llorar mis hermanos, etcétera, etcétera, se esfumó, de manera que puedo declarar con la mano en el corazón que estoy completamente de acuerdo con la infancia que tuve y que no la cambiaría por ninguna otra, y que fue formidable tener muchos hermanos, etcétera, etcétera. Y lo mismo vale para esos ocho años de lo que llamo mi “encierro monástico” con los Misioneros del Espíritu Santo. Se prestan mucho para el melodrama: yo no tenía vocación; sufrí mucho, ¡y esos años, los más hermosos, de los 12 a los 20! Un día descubrí que todo eso era retórica. Cada quien vive de una manera, y a mí me tocó de esa manera, una de tantas; y estuve desarrollándome, y aprendiendo, y viviendo. Estoy muy de acuerdo en ser lo que soy, en ser como soy; por lo tanto, estoy de acuerdo con lo que me trajo adonde estoy. Sé que no a toda la gente le ha servido el psicoanálisis. Para mí fue importantísimo. Me quitó esas lagañas y muchas otras. El balance que otros hagan de mi vida me tiene sin cuidado. El balance que yo hago me parece muy positivo. Estoy contento con mi vida. Perdón, me he ido muy lejos.

GANAS

Es claro que no todos los que salieron de esa escuela primaria salieron como yo. Sin ir más lejos, allí está mi hermano Carlos, que siguió un camino tan distinto del mío. Ese regocijo, ese entusiasmo de que hablo, y que era cosa de todos en esa escuela, fue algo muy real. No fue una llamarada de petate. Yo diría que nos marcó a todos, pero que a cada quien le sirvió para una cosa distinta en la vida. En fin, creo que todo esto es lugar común. Lo que quiero decir es que en mi caso hubo una confluencia, o casi diría una conspiración entre la escuela y mis aficiones, mis ganas de saber cosas, mi gusto por la lectura. Siento a veces que estoy más preparado o más predispuesto que otros críticos para identificarme con Sor Juana. Mis ganas de leer, de aprender, eran enormes como las de ella.

Un día le pregunté al psicoanalista si, así como hay traumas dañosos, hay también traumas positivos. Se lo preguntaba por algo que es tal vez mi primer recuerdo. Debo haber tenido tres años. Estoy con Carlos a la sombra de un naranjo, en el segundo patio; uno de esos naranjos que se usan por allá, verdaderos árboles de cinco metros o más.

Jean Meyer. Que no podan.

Antonio Alatorre. ¡Ah, mira! Yo pensaba que eran una variedad aparte. Bueno, pues estamos allí y el suelo está lleno de flores de azahar. Hemos hecho tres montoncitos, uno de pétalos, otro de estambres y otro de pistilos, y se los estamos poniendo como ofrenda a tres estampitas recargadas en el tronco del naranjo. Y allí está el trauma. Es como una instantánea en que quedó registrado todo: la sombra del naranjo, la luz del sol, incluso el perfume de los azahares, y para colmo una frase dicha por Carlos: "... y esto para San Miguel" (supongo que la estampa de San Miguel fue la última en recibir su ofrenda). A lo largo de los años, cada vez que me venía este recuerdo me sorprendía que una escena así, y sobre todo la frase tan trivial, "...y esto para San Miguel", se me hubiera quedado tan grabada.

Me viene a la cabeza otro recuerdo. Cuando mi papá daba por cerrado un asunto y ya no quería que se hablara de él, decía: "¡Capítulo de otra cosa!". Bueno, ahora la escena sucede en la escuela. Estoy en segundo año (en ese año en que Carlos y yo estuvimos separados). Estoy en el primer mesabanco de la hilera central, y a mi compañero de mesabanco le ha tocado leer en voz alta. El libro de lectura era, por cierto, el único que teníamos.

Jean Meyer. ¿Era de fragmentos escogidos?

Antonio Alatorre. Sí, más o menos como ahora: un cuentecito, una descripción breve de algo, en seguida algo en verso... Conservo en la memoria versos que venían en ese libro de lectura, llamado *Infancia*. (Una vez una amiga alemana se sorprendió de que yo supiera de memoria una poesía de Goethe: "La ola sin cesar subía,/ la ola sin cesar bajaba,/y el pescador contemplaba/ el anzuelo que se hundía...": venía en *Infancia* de quinto año.) Bueno, a mi compañero de mesabanco le ha tocado leer las últimas líneas de uno de los fragmentos, y lee muy mal, sílaba por sílaba: "to-das-las-no-ches...", sin entender lo que está diciendo; yo estoy cada vez más impaciente, y él,

sin darse cuenta de que ya terminó el fragmento, sigue como máquina y lee el título del fragmento siguiente; entonces yo, sin poderme aguantar, dije en voz lo bastante alta para que me oyera la maestra: “¡Capítulo de otra cosa!”, y se me quedó grabada la sonrisa y la mirada de complicidad de la maestra. A mí me irritan de manera muy especial los espectáculos de pendejez humana. Los pendejos lo torturan a uno, le amargan a uno la vida. No hay derecho. Claro que en la práctica tiene uno que aguantarse...

OTRA MAESTRA

Muy cerca de María Mares (un poco abajo, pero muy cerca) está la maestra de quinto año, Magdalena Arias, una mujer bonita y fresca (tendía apenas 20 años), de una familia de maestras; sus cuatro o cinco hermanas eran maestras de escuela, y tenía sólo un hermano hombre, un rancherote, igual que el papá. A Magdalena Arias le parecían sosas las cosas que se cantaban normalmente en la escuela, “Mambrú se fue a la guerra”, himno a la bandera, himno a Hidalgo, etcétera. A ella le gustaban las canciones de Agustín Lara, y eso era lo que cantábamos en quinto año: “Azul”, “Concha nácar”, “Ojos verdes” (“Aquellos ojos verdes,/ serenos como un lago...”), cosas muy... digamos cabareteras, sobre todo una que decía: “Manchó la blanca flor de tu pureza/ y fue un estigma de tu triste vida”, donde a la mujer que dio un mal paso se le aconsejaba al final: “Olvida tu dolor,/ vive el placer,/ ¡y nunca, nunca vuelvas a querer!”. Lo notable era que la directora de la escuela, o sea Mariquita, tolerara semejante libertad (o semejante libertinaje). Claro que esas canciones sonaban de una manera en el disco, una voz con acompañamiento de piano o de orquesta, y de otra manera en el salón de clase, un coro de voces infantiles, sin ningún acompañamiento. Nosotros estábamos encantados: nos sentíamos muy a la moda, muy modernos. Bueno, Magdalena Arias...

Eso que antes te dije de la circulación de la sangre, fue Magdalena Arias quien nos lo enseñó. Dibujaba en el pizarrón los pulmones, y en medio el corazón, con sus ventrículos y sus aurículas, y las venas y arterias, y nos explicaba cómo era la cosa. Toda la enseñanza era oral. No sé si tú puedes imaginar eso. El único libro que teníamos era el de lectura, *Infancia*. Al final se añadía uno más, geografía de América en quinto y geografía universal en

sexto. Ningún libro de matemáticas, ni de gramática, ni de historia, ni de ciencias naturales, ni de anatomía y fisiología. Todo oral. Yo estaba fascinado, y cuando había muchos nombres raros, los apuntaba en un papelito: clavícula, húmero, cúbito, radio... todo eso. Cuando ella preguntaba cosas en la siguiente clase de anatomía, era yo, naturalmente, el que mejor sabía las respuestas. Recuerdo la vez que mis compañeros protestaron: “¡Así qué chiste! Tiene las cosas apuntadas en un papelito”, y Magdalena, con muy buen sentido, les dijo: “Pues hagan ustedes lo mismo”.

LIBROS

Jean Meyer. ¿Llegó a Autlán la famosa biblioteca básica de Vasconcelos?

Antonio Alatorre. Sí, pero no creo que haya servido... o mejor contesto de otra manera: recuerdo haber visto *uno* de esos tomos verdes, pero no en la escuela, sino en manos de un señor que conocíamos. Era la *Iliada*, pero yo ya había leído la *Iliada* en una edición abreviada, y con ilustraciones. También en quinto año teníamos una cooperativa y con las ganancias comprábamos libros (sobre todo los de Emilio Salgari, que nos traían locos). Pero ni en la bibliotequita de quinto ni en la de sexto estaban los libros verdes de Vasconcelos, de eso estoy seguro; o sea que, si te interesa saber qué papel tuvieron esos libros en la cultura del país, el testimonio de Autlán es negativo. Lo que ahora recuerdo es la biblioteca nuevécita que un buen día llegó a la escuela, obsequiada seguramente por el gobierno de Jalisco. Esto fue a mediados de 1934, cuando yo acababa de terminar sexto año, y recuerdo muy vivamente mi reacción. Por una parte sentí que venían tiempos mejores, tiempos de abundancia; y en efecto, tal vez en 1934 el país comenzaba a levantar cabeza después de tanta refulfia; pero por otra parte sentí melancolía: eran mis últimos días en Autlán; estaba a punto de venirme a Tlalpan, a la Escuela Apostólica de los misioneros. Los libros eran muchitos: unos dos mil o tres mil. Yo ayudé a acomodarlos. Recuerdo cómo los iba sacando de las cajas, y los acariciaba uno por uno, y me daban ganas de leerlos todos, y sabía que eso no iba a suceder. Alcancé a leer uno solo: el *Robinson suizo*. El otro *Robinson*, el de Defoe, ya lo había leído: lo teníamos en la casa.

Teníamos algunos otros libros (pocos: no llegarían a 20). Recuerdo por ejemplo *Genoveva de Brabante*, la *María* de Jorge Isaacs, *Los mártires* de

Chateaubriand, *Los viajes de Gulliver*, los *Cantos de hogar* de Juan de Dios Peza, y el *Quijote*, claro. Con el *Quijote* sucedía algo muy bonito, algo que he contado en dos o tres conferencias. Mi papá llegaba de la tienda como a las ocho de la noche (mi papá era comerciante), y cuando estaba de humor no muy cansado, había lectura del *Quijote*. Toda la familia se reunía en la sala. La luz eléctrica, que duraba de las siete a las doce de la noche, era muy pinchurriente. Mi mamá tenía que sentarse exactamente debajo del foco para poder leer. Asistíamos todos porque nos gustaba. Lo que he dicho en esas conferencias, como mensaje o propaganda, es que todos entendíamos y todos nos divertíamos. A veces tomaba yo ese *Quijote* (con ilustraciones de Doré) y pellizcaba algo por aquí o por allá, pero nunca lo leí bien a bien.

Lo que me sirvió mucho fue una biblioteca de alquiler, propiedad de doña no sé qué, hermana de don Nicolás el chelista. Tenía un buen surtido; por ejemplo, las novelas de Juan A. Mateos, y las de la editorial Buena Prensa, de Bilbao, manejada por los jesuitas, donde había clásicos como *Fabiola*, y *Quo vadis?*, y *Los últimos días de Pompeya*. El alquiler era de un centavo por día, y como yo era tan voraz, había lecturas que me costaban apenas dos o tres centavos. Recuerdo esta escena: estoy a horcajadas en el pretil del corredor más sombreado, leyendo *Los últimos días de Pompeya*, y la cosa está poniéndose tan buena, tan emocionante, que en un arrebato de entusiasmo abrazo contra mí el libro... (Claro que no había testigos). Un día alquilé *Los novios*, de Manzoni (o sea *I promessi sposi*), y sucedió algo chistoso. Se me hace que mi mamá le avisó a mi papá que yo estaba leyendo algo tal vez impropio (aunque era de la editorial Buena Prensa); lo cierto es que mi papá me dijo que devolviera *Los novios* y sacara alguna otra cosa. Yo obedecí sin dificultades, porque, la verdad, Manzoni me estaba resultando bastante pesado. Poco después, o a la mejor inmediatamente después, alquilé *La panadera*, de Eugenio Sue, y recuerdo cómo me metí en ese mundo de horrores y de crímenes; temblaba yo por dentro, pero con un temblor excitante, que me hacía seguir y seguir. Y mientras leía *La panadera*, de título tan inocente, pensaba: “Mi papá me prohibió *Los novios*, pero ¡si supiera lo que estoy leyendo ahorita!...”. Total, leí mucho. Años después, hacia 1939, en el noviciado de los misioneros, esa época gris de mi vida en que las únicas lecturas eran las religiosas y edificantes, me puse a hacer, por

pura nostalgia, una lista de los libros leídos en Autlán. Alcancé a recordar algo más de 300 títulos.

Aquí viene un cuento que me gusta contar. Al hacer esa lista no pude recordar cómo se llamaba una novela que me había fascinado a los ocho o nueve años. La heroína era una mujer rubia, bellísima, nacida nada menos que en Laponia, y el villano era un personaje moreno, creo que andaluz, siniestro, embozado en su capa negra. La heroína era una soprano famosísima. En cierto momento se describe una representación de la ópera *Norma*, donde ella, con su túnica blanca, canta maravillosamente el aria “Casta diva”. Al final el villano recibe su castigo, y en el último capítulo vemos cómo su capa negra es arrastrada por la corriente del Guadalquivir. Al hacer la lista no pude recordar el título de esa maravillosa novela, y le puse *Flor de Laponia*. Bueno, el caso es que pocos años después, terminada mi aventura religiosa, cuando con revalidaciones y con trampas conseguía en Guadalajara mi certificado de preparatoria, sucedió que entre las lecturas exigidas en la clase de literatura estaba una novela llamada *El final de Norma*, de Pedro Antonio Alarcón. Yo la estaba leyendo, y me parecía muy mugrosita. Debo aclararte que lo primero que hice al llegar a Guadalajara fue acudir a la biblioteca pública para tratar de ponerme al corriente, y me puse a leer a Balzac, comenzando con los *Contes drolatiques*. En comparación con Balzac, *El final de Norma* era verdaderamente una mugre. Y de pronto, durante la lectura, descubrí que esa mugre ¡era lo que yo había llamado *Flor de Laponia*! Pocas veces he sentido tan adentro, tan en el alma, lo que es una decepción. La moraleja salta a la vista: las lecturas de la infancia hay que dejarlas allí, no hay que tocarlas. Son libros frágiles, que no aguantan una relectura. Bueno, no todos: *Los viajes de Gulliver* sí la aguantan, pero jamás releeré *Los últimos días de Pompeya*.

LA ESCUELA APOSTÓLICA Y EL NOVICIADO

Tengo que explicarte por qué fui a dar con los Misioneros del Espíritu Santo. En 1934 mi papá estaba arruinado. Un socio suyo lo había estafado de muy mala manera (se hablaba mucho en mi casa de ese socio cabrón, apopado “el Ronquillo”, que por cierto huyó del pueblo). Mi papá seguía en su tienda “La Reforma”, en uno de los portales del jardín principal, pero

estaba cargado de deudas. Muchos años después me contó Moisés que la ruina de mi papá se debió más que nada a sus escrúpulos religiosos: se había comprometido a pagar un préstamo en pesos de oro, y entonces vino la ley de la plata, que puso fin al bimetalismo, y mi papá sintió que eso era robarle dinero a su acreedor, de manera que pagó en oro, y salió perdiendo un dineral. No sé qué tan real sea esa historia. Yo pienso que, por angas o por mangas, mi papá fue una de las muchas víctimas de la famosa crisis anterior a 1934. De todas maneras, el cuento de Moisés *se non e vero, e ben trovato*. Así era mi papá: honrado a carta cabal y profundamente cristiano. Bueno, a mediados de 1934 hemos terminado la primaria Carlos y yo. ¡Qué va a ser de nosotros? En realidad se trataba de la suerte de todos los hermanos, no sólo de nosotros dos. Porque la situación era dramática: mi padre estaba amargado y melancólico por el drama económico, y mi mamá estaba cansadísima, yo diría que al borde del colapso. En este momento entran en acción mis dos tías monjas, hermanas de mi mamá. Creo que una vez te hablé de ellas: fueron las primeras reclutas de una orden fundada por un cura jalisciense, que por cierto está en el grupo de 25 mártires de la Cristiada a quienes pronto va a beatificar el papa (murió ahorcado). Hacia el final de la Cristiada las monjas de esa orden, huyendo de la persecución, y ya muerto el fundador, se refugiaron en la casa de Autlán. No sé cómo cupieron, porque eran más de 20 (una de ellas, por cierto, se volvió loca estando en la casa). Con esa intervención de 1934, mis tías correspondían a lo que mi papá había hecho por ellas unos años antes. Intervinieron para salvar a la familia del naufragio total. A los tres hermanos que seguían de mí (Aurora, de diez años, y Enrique y Alfonso, de ocho y de seis), los acomodaron en unos orfanatos que ellas regían en Guadalajara. Consiguieron que don Paz Camacho, director de una secundaria muy católica de Guadalajara, que admitía internos, hiciera un precio especial para Carlos. Y en cuanto a mí, esa intervención fue decisiva. Ellas se ocupaban de un hospital, y allí conocieron a un misionero del Espíritu Santo que había ido a visitar a su madre enferma, y le hablaron de mí, y por cuenta propia, sin preguntarme nada a mí, me dejaron, digamos, “apalabrado”.

Voy a detenerme un poco en ese momento tan crucial. Años antes, cuando se reabrieron los templos, o sea en 1929, nos enseñaron a Carlos y a mí a ayudar en misa (cosa chistosa, por cierto, aprender respuestas en latín,

y a esa edad). Carlos no tardó en aburrirse, pero yo seguí siendo monaguillo un buen tiempo. Además, durante algunos años, más o menos de los siete a los nueve, jugaba a decir misa: improvisaba mis ornamentos y hacía altares con lo que se podía. Eso lo dejé, en parte por las burlas de mis hermanos y en parte porque el juego no daba para mucho. En junio de 1934, ya a punto de cumplir doce años, todo eso pertenecía al pasado. Pero había quedado flotando en el aire la idea de que yo iba a ser sacerdote: una idea muy etérea que nunca tocaban mis papás, yo diría que por miedo a disiparla. Recuerdo que ya para terminar la escuela, tal vez en mayo de ese año, me puse un poco mal del estómago y mi mamá me llevó a ver a un doctor Velázquez, muy amigo de la casa. Después de examinarme, el doctor me preguntó: “Bueno Toño, ¿qué vas a hacer ahora que termines sexto año? ¿Qué es lo que quieres estudiar?”. Y yo, rápidamente, como si fuera cosa muy bien pensada, le contesté: “Quiero ser abogado”. Claro que no pensaba en eso; lo que hice fue aprovechar tan buena ocasión para que mi mamá me oyera decir que *no* quería ser cura.

Jean Meyer. Como en *Don Casmurro*, de Machado de Assis. El héroe es hijo único y recién nacido tuvo una enfermedad muy grave. La mamá le promete a Dios que si se salva el bebé, irá al seminario. El muchacho, a los 14 años, no quiere ir al seminario y también dice en voz alta que quiere estudiar derecho...

Antonio Alatorre. ¡Exactamente! Con la diferencia de que en mi caso era *yo* el que dizque había dado señales de vocación sacerdotal; como prueba allí estaban los altarcitos de pocos años antes. Mi mamá no me dijo nada. Terminada la consulta con el doctor Velázquez, pudo haberme preguntado que por qué había dicho que quería ser abogado; pero no: se quedó callada; se mantuvo al margen. Fue mi papá quien hizo presión, fue él quien me forzó, aunque sin violencia. Varias veces me sermoneó. Una vez me dijo más o menos: “Mira, ahora andas diciendo que no quieres ser sacerdote, pero vas a ver cómo en cuanto comiences tus estudios con los Misioneros, vas a descubrir que sí tenías vocación”. Y a esa consideración añadió inmediatamente otra: “Además, tú ves que estoy arruinado; una colegiatura [la de Carlos] la podré pagar, aunque con muchos sacrificios, pero dos ya no”. Otra cosa: me dijo que allí, en la escuela de los Misioneros, había cine todos los jueves, lo

cual resultó completamente falso. Eso debe de haberlo inventado mi papá y fue el colmo del chantaje. En cierto momento una de mis tías monjas me escribió diciéndome que todo estaba arreglado y que sólo faltaba mi consentimiento; yo me hacía pendejo y dejaba pasar los días, hasta que mi papá no sólo me obligó a contestar, sino que de plano me dictó la contestación. Recuerdo bien, pero muy bien, mi estado de ánimo en esos meses, primero en Autlán (cuando leí el *Robinson suizo*) y luego en Guadalajara, donde estuve esperando a otro de los padres, que por fin llegó en octubre. Me sentía atrapado. Supe lo que es estar atrapado. Hay esos relatos autobiográficos en que el héroe sale de su pueblo para entrarle a la vida, y está todo exaltado y animoso. Yo, al salir de Autlán rumbo a lo desconocido, estaba achicopalado y melancólico. Recuerdo que en Guadalajara, camino a la entrevista decisiva con ese padre (que resultó ser el superior de la escuela apostólica), le dije a mi tía: “¿Cómo voy a decir que quiero ser sacerdote, si no es verdad?”. Y ella me contestó: “No le digas eso; dile que sólo quieres hacer la voluntad de Dios”. Yo seguí su consejo, y recuerdo que al padre le gustó la frasecita.

Se puede decir, muy objetivamente, que fui empujado, forzado, violentado por mis papás y mis tías. Pero repito lo que antes dije: acepto mi pasado; estoy completamente de acuerdo con lo que me ha sucedido en la vida. Fue saludable haber destapado dentro de mí, durante el psicoanálisis, la olla de los resentimientos y las reclamaciones, pero, la verdad, no me costó trabajo llegar bastante pronto a la comprensión, al perdón. La ignorancia de mis papás y de mis tías no fue una ignorancia culpable. Además, es justo añadir inmediatamente que de mis cuatro a los de escuela apostólica, de los doce a los 16, fueron muy bonitos. Voy a compararme otra vez con Sor Juana. Dice ella en la *Respuesta a Sor Filotea* que al entrar en el convento siguió haciendo lo que había hecho hasta entonces: “leer y más leer, estudiar y más estudiar” (así lo dice, literalmente). Igual yo. O sea que en esos cuatro años hice en efecto lo que me gustaba hacer. Claro que las lecturas estaban súper controladas, pero los libros permitidos eran muchos, incluso novelas. En cuanto a los estudios, todo me gustaba. Las materias coincidían en buena medida con las de una secundaria o preparatoria. No tuve nada de química ni de física, pero sí matemáticas, ciencias naturales, gramática, etcétera. Les hallé gusto hasta a unas raquífticas clases de preceptiva literaria y de literatura dizque universal.

A juzgar por mi experiencia, en la formación de un sacerdote se daba más importancia a la historia que a la literatura. Y la historia fue mi materia predilecta. Tengo la impresión de que hubo clases de historia a lo largo de los cuatro años: historia antigua, y luego historia de Grecia, historia de Roma, historia medieval, etcétera. Y ahora sí había libros, muchos de ellos en francés. (Ya en otra ocasión te dije que el fundador de los Misioneros del Espíritu Santo era francés; yo lo conocí). Lo que más me fascinó fue esa época en que se derrumba el Imperio Romano y entran en escena los francos, los godos y los demás bárbaros del Norte; la época de Ravenna, Gala Placidia y Alarico, todo eso. Después, ya adulto, he leído a Boecio, a Ausonio, a Sidonio Apolinar, y me he metido en la enorme *Historia* de Gibbon. Pienso también en cosas como *Marius the Epicurean*, de Walter Pater, o en un cuento de Jules Romains, “Nomentanus le refugié”. En tiempos de Ausonio el cristianismo era ya la religión oficial, pero él, profesor de literatura griega y latina, o sea pagana, seguía siendo pagano de corazón. En las cartas de Sidonio Apolinar se ve cómo los dueños de la situación son los bárbaros; al mundo romano (o más bien grecorromano) se lo está llevando la chingada, y sin embargo él cierra los ojos y trata de aferrarse al pasado. Alguna vez, reflexionando sobre esta fascinación que me vino en la escuela apostólica, se me ha ocurrido relacionarla con mi estado de espíritu en esos años. Pongamos esto como común denominador: época de transición, o simplemente de cambio: está dejando de existir algo que antes existía. Todos esos que viven entre el final de la cultura clásica y lo que ahora llamamos Edad Media, Sidonio Apolinar por ejemplo, deben de haberse preguntado cómo iba a seguir la cosa y qué iba a ser de ellos. Algo así debo haberme preguntado yo, pero no explícitamente, porque más valía no tocar el asunto. Lo que recuerdo muy bien es cómo mis compañeros siempre estaban diciendo, con sus palabras y su comportamiento, que querían ser Misioneros del Espíritu Santo, y yo me sentía ajeno, aparte, como entre paréntesis, cada vez que me comparaba con ellos. ¡Ellos sí que tenían vocación, ellos sí que querían ser sacerdotes de Cristo! Yo imitaba su comportamiento, pero de una manera mecánica, y cuando hablaba de “vocación” mis palabras no me salían de dentro.

Falta hablar del latín, la materia que se llevó la parte del león a lo largo de los cuatro años. Sólo te diré que lo aprendí bastante bien, y que tan

bonito fue traducir del latín como traducir *al latín*. Hasta llegué a hacer hexámetros y pentámetros, lo cual es ya cosa seria. Ahora me da no sé qué cuando oigo que hay curas incapaces de leer en latín no digo a Virgilio o a Cicerón, ni siquiera la Vulgata. En los dos últimos años se añadió el griego, que tuvo un encanto particular por esto: alguien que le entra al griego teniendo ya el latín en la cabeza no necesita ninguna sofisticación lingüística comparada para ir descubriendo las afinidades y los contrastes entre las dos lenguas. A mí me fascinó tanto la relación del griego y el latín que me puse a traducir por juego la *Anábasis* de Jenofonte del griego al latín (al latín, no al español). Claro que me ayudó el profesor de griego. ¡Qué ganas de haber guardado las diez o doce páginas que alcancé a traducir! Pero al pasar al noviciado me deshice de todos mis cuadernos.

Como remate de todo está la música. Lo mejor que me dieron los Misioneros del Espíritu Santo fue la música. Un día, uno de los padres me preguntó: “¿A ti no te gustaría estudiar piano?”. Fue una pregunta caída del cielo. Había compañeros que lo habían estudiado desde niños, en sus casas. Yo los veía como seres sobrehumanos, de manera que ni siquiera les tenía envidia. Jamás me hubiera pasado por la cabeza la idea de ser yo uno de los que sacan música de las teclas de un piano o de un órgano. Esa pregunta fue como la llave de un palacio maravilloso. El profesor de piano iba cada ocho días. Lo recuerdo mucho mejor y con más cariño que a alguno de los padres (se llamaba Romualdo Vázquez). Yo toco piano todos los días, y tengo cantidad de libros de música. No me puedo imaginar lo que sería mi vida sin el piano. Raras veces toco para que alguien me oiga: toco para mí solo. Estoy muy lejos de ser lo que se llama un pianista. En la escuela apostólica y en el noviciado (porque las clases de piano continuaron en el noviciado) no teníamos más que media hora diaria para estudiar, y eso es muy poco. En cambio, leo bastante bien a primera vista. A veces pienso que lo que verdaderamente me sostuvo durante esos años fue la música. No sólo el piano: también los discos. A veces era yo el que iba al centro, con un compañero, a comprar un nuevo álbum para la discoteca, que iba creciendo poco a poco, sobre todo con Bach, Mozart, Haydn y Beethoven. Y a eso hay que añadir la música litúrgica, o sea el canto gregoriano. Tengo grabados en el recuerdo ciertos momentos privilegiados. Por ejemplo las Vísperas de la Asunción: la capilla adornada con buen gusto, la imagen de la

Virgen en el centro del altar, las luces, el incienso, y sobre todo nuestro canto, ensayado a la perfección. Las melodías que se cantan en la Asunción de la Virgen son especialmente bonitas. En estos momentos sí hubiera podido decirse que estaba yo en el mismo nivel que mis compañeros, los deseosos de consagrarse a Dios. Pero mi experiencia, o digamos mi emoción, no era religiosa, sino estética.

Yo siempre he pensado que cualquier ser humano puede ser cualquier cosa en un momento dado. La concentración y la especialización suceden de manera accidental. Yo hubiera podido ser cualquier cosa; hubiera podido ser un gran naturalista (digo *gran* para calificar las ganas); o astrónomo; o filólogo clásico, de esos que editan por ejemplo a Platón; o muchas otras cosas. La teoría me impacienta mucho. Me interesa observar lo concreto y sacar toda clase de consecuencias de lo que he observado; pero la teoría, la generalización, el discurso abstracto, me hacen bostezar. Me interesa la historia de la filosofía, pero no la tarea de filosofar.

No tengo temperamento especulativo, creo.

Jean Meyer. En tu caso, ¿qué fue lo accidental? ¿Qué es lo que te descarriló o encarriló?

Antonio Alatorre. Es difícil contestar eso. Sobre todo que no te he hablado de Juan José Arreola ni de Raimundo Lida, mis dos grandes “encarriladores”. De momento, lo que se me ocurre decir es que a lo largo de esta infancia y esta adolescencia que trato de describir hubo una serie de descarrilamientos y encarrilamientos. Los más importantes deben haber sido, como dicen los psicoanalistas, los de la primerísima infancia. Creo que de los dos a los cinco años viví más en casa de las Mares que en mi casa; allí pasaba el día y allí comía, y en la novecita el mozo me llevaba a casa, ya dormido. Y verdaderamente puedo decir que eso lo decidí yo: me sentía más a gusto con las Mares que en el tumulto y el relajo de mi casa. Me descarrilé de mi casa y me encarrilé en la lectura. Hasta ahora, el encarrilamiento más vistoso es mi tersada en la escuela apostólica. Pero hace un momento, cuando te dije que las clases de piano continuaron durante el noviciado, pensé: “Ah, claro, ahora tendré que contarle a Jean lo que fue el noviciado”. Porque, para seguir con tu imagen, aquello fue un gran descarrilamiento...

La experiencia de perder la fe religiosa no es cosa del otro mundo; muchísimos la han tenido, pero yo la tuve de manera bastante dramática. A juzgar por lo que me han contado muchos (porque es algo que me gusta preguntar cada vez que la ocasión se presenta), la fe rara vez se pierde de golpe; casi siempre se va perdiendo poco a poco. Yo, en cambio, la perdí de sopetón. Además, quienes me han contado esas experiencias son gentes que vivían en el mundo, en el tráfico humano, mientras que yo estaba dizque metido en una aventura justamente religiosa. Para esos compañeros que sí tenían vocación, la toma de hábito era una ceremonia emocionante: iban a comenzar a realizar en serio sus deseos, porque el noviciado es ya la entrega total a Dios. Para mí, eso no era así. Antes de la toma de hábito tuvimos unos ejercicios espirituales muy rigurosos: una semana entera de silencio y meditación, en la que... En fin, tú sabrás lo que es eso. El caso es que la víspera de la gran ceremonia, en la última meditación del último día de ejercicios, una frasecita del predicador, una frasecita de nada, perdida en el mar de retórica, me derribó el edificio de la fe con la misma rapidez con que se derriba un castillo de naipes. Nada quedó en pie. Fue, literalmente, la muerte de Dios, la nada, el vacío. En estos momentos puedo explicar bien lo que me sucedió, y es una explicación muy sencilla: los ejercicios espirituales me pusieron ante los ojos la clase de vida en que iba a quedar atrapado, y la única escapatoria que se le ocurrió a mi yo íntimo fue ésa. Pero cuando la cosa sucedió no había tal explicación. Fue horrible. Naturalmente, hablé del asunto con algunos de los padres, sobre todo con uno que en la escuela apostólica se había portado de manera muy paternal conmigo, pero eso de nada sirvió.

Jean Meyer. ¿Te entendieron o no?

Antonio Alatorre. Pues... sí y no. Digamos que me entendieron, pero sólo superficialmente. Me decían: “Es una tentación bien conocida, una de tantas tentaciones del demonio, y se vence como las demás tentaciones: no haciéndole caso”. A uno de ellos se le ocurrió un remedio fuerte: me dio a leer el famoso argumento ontológico de San Anselmo sobre la existencia de Dios, un argumento que a mí me pareció muy bobo. En fin, realmente no entendieron lo que me pasaba. También es evidente que lo que yo decía no era claro ni preciso. Por otra parte, en esos años que yo llamo de “angustia en blanco”, hubo cosas que me sostuvieron, o que al menos me

entretuvieron, como la música, desde luego, y también la lectura de ciertos libros de tipo técnico que me interesaron, por ejemplo una historia muy detallada de la liturgia romana, una obra en varios tomos sobre la orden benedictina, y cosas por el estilo. Cuando se cumplieron los dos años del noviciado, le dije al maestro de novicios: “Mire, padre, yo no puedo profesar, no puedo pronunciar esos votos; sería una comedia”. Y él me dijo: “Bueno, bueno, no te desesperes; se te pueden conceder otros seis meses de noviciado”. Así es que mis compañeros profesaron y yo me quedé seis meses más en el... en la incubadora. Y terminados esos seis meses, la misma historia. Esta vez me dijeron: “Bueno, bueno, no te desesperes: puedes continuar tus estudios de filosofía y demás en un seminario, y cuando tu problema se resuelva, aquí te esperamos...”. Algunas personas me han preguntado: “¿Por qué tuviste que pasar esos años de angustia en blanco?”. La respuesta a que he llegado es más o menos ésta: por una parte, me asustaba la idea de desengañar a quienes creían que yo tenía vocación, es decir, mis papás y mis tías monjas; pero, por otra parte (y de alguna manera siento que esto fue lo más importante), los padres no querían dejarme ir; querían... (¿cómo decirlo?) guardarme para ellos.

Esas dos razones fueron las que me llevaron al Seminario Conciliar de Puebla. Allí estuve durante el año escolar 1941-1942. En comparación con la atmósfera del noviciado, tan reconcentrada, tan opresiva, la del seminario de Puebla era de mucha libertad. Una cosa que me impresionó mucho fue oír conversaciones en que mis compañeros decían con toda claridad que estaban allí porque la profesión de cura era buena: ellos iban a salir de pobres, iban a ganar dinerito, y todos los días iban a desayunarse con chocolate. Eran cosas que con los Misioneros del Espíritu Santo no sólo no se decían, sino que ni siquiera se pensaban. En Puebla había un ambiente de cinismo atenuado, o simplemente de realismo. Era posible decir “Fulano y yo vamos a ver al dentista”, y meterse en el cine (de esa manera tramposa vi mi primera película de Hitchcock y la *Fantasia* de Walt Disney). Además, había clases interesantes. Recuerdo sobre todo la de psicología, que nos daba un canónigo ya viejo, buen conocedor de la materia. No nos habló de Freud, por supuesto, pero sí de gentes como Fechner, Wundt y William James. Desde los primeros días que estuve en el seminario supe que ése iba a ser mi último año de... de algo que ya de plano era teatro. Y lo

pasé bien. Fue un cojín perfecto entre el encierro religioso y el ancho mundo. Adquirí cierta confianza en mí mismo.

GUADALAJARA

Contra lo que estuve imaginando durante años, ni mis papás ni mis tías hicieron el menor escándalo cuando les dije que había renunciado para siempre a la carrera eclesiástica. Una de mis tías, con la que tuve una relación especialmente cariñosa, me ayudó mucho en ese trance. Me puso en contacto con un cura que me ayudó a conseguir, mediante 300 pesos, un certificado de secundaria (debes tener en cuenta que en esos momentos, a los 19 años, mis únicos estudios oficialmente válidos eran los de la escuela primaria). También me puso en contacto con un señor, director de una escuela particular, que me cedió un cuarto de su casa; allí tuve mi estudio, por llamarlo de alguna manera. (Además, ese señor tenía un piano muy bueno). Por último, mi tía me consiguió trabajo en una escuela primaria de los hermanos maristas. Mi hermano Luis, que tenía buen humor, me dijo un día: “¡Con que estás trabajando de señorita de tercero!”. Pero para ser señorita de tercero hace falta un talento especial, y ese talento nunca lo tuve. Fue una experiencia ingrata. Después me ofrecieron en una escuela de comercio una clase de gramática y otra de biología. (Raro que en una escuela de comercio llevaran biología. A mí me gustó, porque de biología no sabía absolutamente nada). También di clase de etimologías en una preparatoria femenina, de manera que pude dejar la odiosa chamba de la primaria de los maristas. Perdona tanto detallito. Lo que quiero decir es que no me costó ningún trabajo sostenerme a mí mismo, cosa que nunca antes había hecho. Mis sueldos eran modestos, pero mi manera de vivir también era modesta. (Pensándolo bien, yo no nací para rico).

Gracias a mi fraudulento certificado de secundaria entré inmediatamente en la preparatoria de la Autónoma. Cursé las materias de un año, y las del otro las presenté a título de suficiencia, de manera que un año después estaba listo para comenzar una carrera. Curiosamente, aquello que a mediados de 1934 le dije en Autlán al doctor Velázquez vino a cumplirse en Guadalajara a mediados de 1943: me inscribí en la Facultad de Derecho. No es que hubiera querido ser abogado; pero en esos momentos era la

única carrera universitaria que tenía que ver con libros. (No sé si sabes que en español, durante siglos, a los abogados se les dijo “letrados”, o sea literatos). Durante el primer año fui un estudiante modelo. El profesor de derecho civil, que llevaba uno de esos apellidos aristocráticos de Guadalajara y que era muy ceremonioso, me citó en su despacho sólo para decirme que en no sé cuántos años de enseñar derecho civil nunca había tenido un alumno tan brillante, tan prometedor como yo. Claro, él interpretaba como ganas de ser abogado lo que no era más que deseo de aprender. Si hubiera habido una facultad de egiptología, yo habría sido igual de brillante y prometedor. Como tú sabes, en ese primer año de derecho uno de mis compañeros fue Luis González. Es claro que a Luis le pasaba lo mismo que a mí. Tampoco él tenía ganas de ser abogado, pero no había en Guadalajara nada parecido a una Facultad de Historia.

Y en ese momento entra Juan José Arreola. Hablando de accidentes que encarrilan o descarrilan, Arreola fue un accidente de dimensiones colosales. Lo conocí durante las vacaciones entre el primero y segundo año de derecho, y cuando entré a segundo año ya era yo otro: dejé de ser el estudiante ejemplar y prometedor; dejé de hacer apuntes de clases, dejé de estudiar las lecciones; todo mi tiempo y todas mis energías eran para la literatura. He dicho que en el momento de conocer a Arreola era yo un pedazo de barro blando, listo para ser moldeado por un alfarero, y que el alfarero fue él. Hace poco, al leer unas reflexiones de no me acuerdo quién sobre el escritor autodidacta, caracterizado por su vitalidad, por su entusiasmo, por su curiosidad universal, la figura que tenía ante mis ojos era la de Arreola. Arreola jamás tuvo una formación académica. No pasó de tercero o cuarto año de primaria. El autodidacta no ha tenido maestro, no ha tenido quien le diga “Sigue este camino” o “No hagas tal cosa”, y por eso atiende a más cosas que el escritor académico, y tiene más que decir, y casi siempre es más cuidadoso del estilo, más preciosista, más exquisito. Las lecturas de Arreola nunca fueron metódicas, pero ¡qué cantidad de cosas había leído! Además, como tu bien sabes, Arreola ha sido un maestro extraordinario de muchos jóvenes, y en Guadalajara su único discípulo fui yo. También he dicho que Arreola me sacó de Egipto y me llevó a la tierra prometida, o sea a ese inmenso campo de la literatura que para mí era totalmente desconocido, en particular la literatura moderna: digamos Neruda, digamos García Lorca,

digamos López Velarde... No es exagerado decir que Arreola me reveló todo lo importante de la literatura moderna: poesía, teatro, novela, ensayo, todo. Y literatura no sólo de lengua española: también Papini, Proust, Valéry, Claudel, Cocteau, Gide, Rilke, Kafka, Hamsun, Dostoyevski, Oscar Wilde, Walt Whitman... La lista sería interminable. Si el asunto les interesa a los lectores de ese libro que están preparando, yo les recomiendo que lean mi presentación de la reimpresión facsimilar de *Pan*, la revista que Arreola y yo hicimos en 1945.¹ En esa revista hay dos poemas míos que a mí me parecen curiosos: son típicos de un adolescente, de un muchacho de 15 o 16 años; y lo que pasa es que yo, a los 22 o 23, era un adolescente retrasado.

MÉXICO

A fines de 1945 se fue Arreola a París, invitado por Louis Jouvet y becado por el gobierno francés para estudiar teatro nada menos que en la Comédie Française. Desde antes de que se fuera, ya estaba yo determinado a venirme a México: sentía que Guadalajara, sin él, era un desierto inhabitable. Sabía que Luis González estaba muy contento en El Colegio de México y entonces yo, muy animoso, le escribí a don Alfonso Reyes pidiéndole una beca para hacer estudios literarios. Recuerdo bien lo que le propuse. El tiempo de contacto con Arreola me permitía hacer una propuesta muy concreta y muy honrada: "Influencia de la poesía francesa en la poesía mexicana". A vuelta de correo, don Alfonso me explicó muy amablemente que en El Colegio de México había un centro de estudios históricos, pero no un centro de estudios literarios. "¡Pues entonces seré historiador!", pensé yo, y le escribí sin más a don Alfonso diciéndole que me gustaría meterme en la historia de los heterodoxos en México. Cuando recuerdo este momento me da risa, o más bien sonrisa: me sonrío de mí mismo. A mí, hablando muy en serio, me hubiera gustado emprender en el Colegio una investigación como ésa. Mis motivos eran muy auténticos. No había leído el famoso libro de Menéndez y Pelayo, pero sabía lo que era: una galería de los españoles que a lo largo de la historia se apartaron más o menos drásticamente de la

¹ *Eos y Pan*, edición facsimilar. México: FCE, 1985 (colección "Revistas literarias mexicanas modernas"), pp. 219-238.

ortodoxia católica. Yo, como agnóstico total, como ateo, me sentía atraído por los mexicanos de otros tiempos que en alguna forma saltaron las trancas del corral. Y en el Colegio ciertamente me hubieran enseñado las técnicas necesarias. Pero a don Alfonso debe haberle dado malísima espina mi cambio de vocación, tan repentino. Debe haberme tomado por un pillito que sólo quería salir de Guadalajara a toda costa y trasladarse a la gran ciudad. Me contestó más o menos esto: “Mire qué curioso: justamente acaba de aparecer un libro de Julio Jiménez Rueda que se llama *Los heterodoxos en México*”. Ni siquiera me sugirió buscar algún otro tema. Allí murió el asunto. (Por cierto, más tarde vi el libro de Jiménez Rueda: muy pobre cosa. No es ninguna arrogancia decir que yo habría hecho algo mucho mejor).

El caso es que me vine a México a comienzos de 1946, sin nada, fuera de mis pocos trapos y mis pocos libros, a ver qué pasaba. En México vivía mi hermano Moisés tratando de seguir en el Conservatorio sus estudios de violín, y trabajando de policía, de vulgar policía de esquina, para ganarse la vida. Me arrimé a él, y durante unas semanas compartí su vida de auténtica pobreza. Y entonces me puse a ver qué puertas se me podían abrir. El gran personaje de estos momentos es Agustín Yáñez. Yáñez era algo así como el padrino oficial de cuanto jalisciense caía en la ciudad de México. Mi relación con él fue siempre muy curiosa. Fui muy consciente de que él me estimaba; mejor dicho, me quería. Pero era un hombre tan... ¿cómo decirlo?, tan seco, tan de palo, que realmente nunca lo sentí como amigo. Era lo contrario de Arreola. En fin, el hecho es que Yáñez se ocupó de mí y me ayudó mucho. Por principio de cuentas, me consiguió una chambita: profesor de literatura universal en la preparatoria nocturna, en el viejo San Ildefonso. (Terrible clase, a las nueve de la noche, con estudiantes casi todos viejones, dizque para ponerlos en contacto, durante un semestre, con la literatura de todos los tiempos y todos los lugares, desde el *Ramayana* hasta Oscar Wilde...). Además, Yáñez me puso en relación con los que hacían *Letras de México*, y en efecto asistí a un par de juntas, pero la revista estaba dando ya las últimas boqueadas. También me dio una receta para ahorrar: no desayunarme, acumular hambre, ir a las dos de la tarde a uno de esos restaurantes españoles, el vasco, el asturiano, el gallego, que no eran nada caros, y comer hasta hartarme, y de resultas del hartazgo no tener ganas de cenar. También fue Yáñez el que... Aquí entra otro de esos recuerdos que

me hacen sonreír. Ya te hablé de la clase de psicología que tuve en el seminario de Puebla. Mi contacto con Arreola, como podrías imaginar, redobló mi interés, y en algún momento se le añadió otro. Puede haber sido Ortega y Gasset el que me dio una idea de lo que era la sociología, y esta idea me fascinó. Hice un razonamiento muy sencillo: si la psicología, explicación del modo de ser de un individuo, es cosa tan chingona, ¡cuánto más chingona será la sociología, explicación del modo de ser de una sociedad! La sociología venía a ser una especie de súper-psicología. Le hablé a Yáñez de este interés mío, y él inmediatamente me consiguió una cita con un licenciado Lucio Mendieta y Núñez que dizque era el bueno en cuestiones de sociología. Fue una decepción horrible: Mendieta parecía un notario, hablaba como un notario, y cinco minutos de conversación con él bastaron para desencantarme.

Entonces me matriculé en la Facultad de Derecho, y me matriculé también en Filosofía y Letras, con la idea de hacer simultáneamente las dos carreras, o más bien tres, porque mi plan era estudiar no sólo letras, sino también filosofía. Pero esto no duró más que unas dos o tres semanas, porque sobrevino un acontecimiento capital: la entrada de don Daniel Cosío Villegas en mi vida. Es una historia muy bonita, pero ya la he contado. El caso es que Cosío hizo estallar en mi cabeza, como un cohete, la comprensión de que era una tontería seguir con la carrera de Derecho. Y no contento con eso, hizo un segundo acto de misericordia: me invitó a trabajar en el Fondo de Cultura Económica, con un sueldo decente (tan decente, que muy pronto pude convencer a mi hermano Moisés de que nos mudáramos a un lugar mejorcito, porque vivíamos en verdaderos cuchitriles, y entonces alquilamos un departamento en la colonia de los Doctores). Al principio trabajaba en el Fondo sólo las mañanas, y en las tardes iba a Filosofía y Letras, en el viejo edificio de Mascarones. Presenté a título de suficiencia algunas materias, como francés, latín y griego, y asistí a unas clases bastante descoloridas. El recuerdo de mi paso por las aulas de esa facultad es tan borroso, que ni siquiera sé si presenté exámenes al final del primer año. A lo mejor ya para entonces me había anunciado Cosío que Raimundo Lida iba a venirse a México, y que El Colegio de México iba a poder ofrecerme la carrera que yo había soñado. Al saber esta noticia abandoné de plano la facultad y trabajé de tiempo completo en el Fondo de Cultura. Hubiera podido pasarme al Colegio de México a mediados de

1947, que es cuando llegó Lida, pero en el Fondo estaba yo metidísimo en una tarea muy delicada, y para la cual no había sustituto: preparar para la imprenta la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta, editada por un gran hombre y gran amigo: don Agustín Millares Carlo.

Antes de dejar el Fondo por la paz quiero decirte algo que tiene mucho que ver con la razón de ser de esta charla contigo. Yo acepté encantado de la vida la invitación de Cosío, porque me vino en un momento de total desamparo económico. Pero los beneficios espirituales, llamémoslos así, fueron infinitamente mayores. Aparte de lo que fue el trato con Cosío, con Joaquín Díez Canedo, con Eugenio Ímaz y con todos los demás miembros del departamento técnico, puedo decir con toda objetividad que yo, gracias a los casi dos años que trabajé en el Fondo, soy un buen experto en cuestiones editoriales, en lo relativo a la hechura de un libro, un buen soldado en la lucha por los libros bien hechos, limpios de erratas, agradables de leer. Esos casi dos años son parte importante de mi formación. Arreola y yo hablamos hace un par de años sobre el Fondo, y la charla se reprodujo en el *Boletín Editorial* de El Colegio de México.²

Acerca de lo que fue de El Colegio de México, y concretamente el magisterio de Raimundo Lida, he hablado y escrito un montón de veces, y no vale la pena insistir. Los hipotéticos lectores de esta conversación contigo, o sea los hipotéticos interesados en la figura de Antonio Alatorre, sabrán de memoria que, sin Lida, Alatorre no sería de ninguna manera eso que buenamente ha llegado a ser. Una sola cosa te diré. Y voy a citar el comienzo de un soneto muy bonito de Garcilaso: “Cuando me paro a contemplar mi estado / y a ver los pasos por do me ha traído...”. Ese soneto es uno de los más dolorosos de Garcilaso. Yo, a diferencia de él, cuando me paro a contemplar mi estado, lo que hallo es que mi ruta estuvo dispuesta como por un dios muy bondadoso, muy benigno. Raimundo Lida llegó en el momento preciso. Durante los dos años del Fondo, Arreola y yo seguimos muy unidos (incluso, durante un tiempo, Arreola estuvo trabajando en el Fondo), pero a comienzos de 1948, cuando Lida inició sus clases, el magisterio de Arreola fue sustituido por el de Lida. Lo bonito es cómo ese tránsito sucedió de manera tan armoniosa. Hubo una continuidad perfecta, sin fisura. El amor

² Núm. 32 (julio-agosto 1990), pp. 15-22.

de Lida al lenguaje y a la literatura era igual que el de Arreola. Lo nuevo, la contribución digamos “específica” de Lida, fue el método, la técnica, la... ¿cómo decir? la consciencia de que el estudio del lenguaje y de la literatura es cosa grata, cosa placentera, pero al mismo tiempo cosa seria, muy seria. Además, el método de Lida no tenía nada de rígido, nada de metódico. Se parecía al de Sócrates. Gracias a Lida me encontré yo, no digamos mi método o mi técnica de investigación, sino verdaderamente mi camino.

Con esto más: no se trataba de conseguir un diploma, un título; no se trataba de matarse escribiendo una tesis. Era, de plano, el arte por el arte. Mis tres años de estudiante en El Colegio de México fueron muy felices, y una de las bendiciones que me tocaron fue la de no haber tenido que hacer tesis ni examen profesional.

Jean Meyer. ¿Cómo se llamaba ese programa de estudios?

Antonio Alatorre. Se llamaba simplemente “filología”. Los diez o doce estudiantes de Lida en esos tres años, 1948, 49 y 50, éramos “los filólogos”. No recuerdo en qué momento comenzó a hablarse más formalmente de “Centro de Estudios Filológicos”. Eso debe de estar en la historia de El Colegio que acaban de publicar Matesans y Clara Lida. Hace unos años me topé con dos condiscípulos de esos años: Ricardo Garibay, novelista, y Jorge Hernández Campos, periodista de altura. Naturalmente nos pusimos a hablar de Lida y estuvimos de acuerdo en esto: que Raimundo Lida nos enseñó a reflexionar; a no decir cosas nomás porque sí; a huir de todo lo que es relumbrón y bla-bla; a poner la verdad por encima de todo; en fin, a ser críticos.

LA CRÍTICA LITERARIA

En años pasados hicieron algún ruido dos cosas mías sobre cuestiones de crítica literaria. Viéndolo bien, lo que hago allí es una *illustration et défense* de la filología, del enfoque filológico, contra los secuaces de ciertas corrientes de moda a quienes llamo “neo-académicos”. Pienso en esa definición simplísima del oficio de historiador: “contar lo que realmente sucedió”, “dejar que sea la verdad la que hable”, algo así. Entiendo que fue Fustel de Coulanges el que lo dijo. Bueno, pues yo siento que la tarea del crítico literario es prácticamente igual a la del historiador. Tienen en común, por

ejemplo, la obligación de fundamentar y documentar cada una de sus afirmaciones. O no obligación: más bien gusto, inclinación. Siento que esta obligación o inclinación está en el meollo del método filológico, que además es un método de siempre, tan de ayer como de hoy. Los neo-académicos piensan que el método filológico pasó ya de moda, y lo sustituyen con cosas que, para mí, son justamente el relumbrón y el bla-bla.

Con los dos artículos anti-neo-académicos y algunas otras cosas he armado un libro que me pidieron para la colección “Lecturas mexicanas”. Lo cual me parece curioso, porque eso de discurrir o teorizar acerca de la función de la crítica no es realmente mi terreno. Luego te diré qué cosas son las que yo siento propiamente “mi terreno”. Eso otro comenzó a fines de 1952, cuando Agustín Yáñez, al irse de gobernador de Jalisco, me enjaretó su cátedra de teoría literaria en la Facultad de Filosofía y Letras. Naturalmente, me esforcé por hacer bien la cosa. Di esa clase durante unos 15 años. A algunos de mis estudiantes tal vez no les sirvió de nada; a otros puede haberle servido un poco; pero a mí me sirvió mucho. Me obligó a leer un montón de cosas que de otra manera no hubiera leído, y después de unos cuantos años comencé incluso a escribir sobre esas cuestiones. Lo primero fue una ponencia para una mesa redonda sobre crítica literaria, en 1955. La única razón para que los organizadores me la pidieran era que yo era el profesor de teoría literaria. Después se presentaron otras ocasiones, por ejemplo, reseñas de libros, pero sobre todo conferencias, como una que se llama “Qué es la crítica literaria”, que se publicó en la *Revista de la Universidad* hacia 1972, y que me parece bonita (aunque me esté mal decirlo). El primer ataque contra los neo-académicos está en mi discurso de ingreso en El Colegio Nacional...

Jean Meyer. ¿Cuándo fue eso?

Antonio Alatorre. En 1981. El discurso apareció en las *Memorias* de El Colegio en 82, pero ya se había publicado en la *Revista de la Universidad* a fines de 81. También el segundo ataque contra los neo-académicos fue una ponencia para un congreso de lingüística, creo que en 1987. Este segundo ataque se publicó en la revista *Vuelta*, y fue el que más ruido hizo. Como te decía, es curioso que yo, que no he publicado más que un solo libro, *Los 1,001 años de la lengua española*, vaya a publicar ahora ese que siento más bien marginal. Varios amigos me han preguntado que por qué no reúno mis artículos en un

volumen. Y en efecto, es lo que generalmente se hace; pero siempre me he resistido. No vale la pena explicar por qué: me limito a hacerte notar eso. Por cierto que ahora ya estoy admitiendo la idea. Pienso reunir mis artículos y armar no un volumen, sino varios. Y ahora sí serán cosas que pertenecen a eso que llamé “mi terreno”: se trata siempre de crítica literaria, pero entrecruzada de historia. Los trabajos que más me gustan, los que siento más míos, dejan siempre un amplio lugar a los aspectos históricos, por ejemplo uno dedicado a cierto soneto de Garcilaso de la Vega: estudio primero el soneto, tratando de explicar su ser, su esencia, y situándolo en el momento de su escritura, y después cuento la fortuna o la fama que tuvo a lo largo del tiempo, tratando de explicar también las razones de su larga vida. Artículos como ése son resultado de fichas y más fichas que he ido acumulando a lo largo de los años. Son artículos llenos de noticias, de detalles, de minucias. Llenos también de notas de pie de página. Me encantan las notas de pie de página. A veces me salen muy largas. Meto en ellas toda clase de cosas: ampliaciones de una idea, datos secundarios pero bonitos, y sobre todo precisiones de orden filológico; lo mejor es cuando me pongo a combatir a otros críticos, cuando les hago ver que sus interpretaciones no son tan... ¿cómo decirlo...? tan filológicamente sólidas como las mías. Por ejemplo, en un artículo de estos últimos años, que se llama “La *Carta* de Sor Juana al P. Antonio Núñez”, dedico una larga nota de pie de página a pelear contra una hispanista paisana tuya, Cécile Bénassy, demostrándole filológicamente, como si dijéramos “con los pelos en la mano”, que Sor Juana era más atrevida, más valiente, de como ella la presenta. En una de mis cosas, todavía inédita, someto a crítica filológica lo que Octavio Paz dice sobre el *Primero Sueño* de Sor Juana, y, francamente, Octavio no sale muy bien parado: algunas de sus interpretaciones son fantásticas por completo, sin base documental...

Jean Meyer. ¿Qué es lo que te hizo interesarte por Sor Juana?

Antonio Alatorre. Buena pregunta. Pero para contestarla bien voy a comenzar muy atrás. Tal vez sirva esto para atar algunos cabos sueltos. Y, sobre todo, tengo aquí la oportunidad de contar la génesis de mis intereses más claros, de eso que llamé “mi terreno”. Vuelvo a 1946, el año en que pisé las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Te dije que ese episodio lo tengo muy borroso. Las clases, por ejemplo la de Jiménez Rueda, y hasta la de

Julio Torri, eran muy aburridas. Lo único interesante fue un seminario de traductores dirigido por Millares Carlo. Para estar allí sólo hacía falta saber latín, o griego, o las dos cosas. Como por esas fechas mi griego ya estaba oxidándose (ahora lo tengo oxidadísimo), me apunté como traductor del latín, y Millares Carlo me sugirió traducir las *Heroidas*, una obra de Ovidio menos conocida que las *Metamorfosis*, pero muy ingeniosa y muy bonita. Traduje, pues, las *Heroidas*, y además les puse un prólogo larguito y no malo, en mi opinión. La primera parte de ese prólogo contiene lo de cajón: vida y obras de Ovidio y presentación de las *Heroidas*; pero la segunda es más original, porque hago una historia de la influencia de esta obra en las letras españolas, o sea una lista cronológica, con comentarios, de las traducciones y de las imitaciones. Como ves, ya allí estoy pisando “mi terreno”. Cuando me asomo a ese prólogo tengo una sensación extraña: es como verme en el momento de estar haciéndome; como ver un embrión de lo que ahora soy, de lo que creo ser. Y esto fue antes de que llegara con Raimundo Lida a México. Algo me ayudó Millares Carlo, pero casi todo lo que hay allí de investigación se debe a iniciativa mía. Naturalmente, cuando llegó Lida le enseñé mi prólogo, y él lo leyó con cuidado y me ayudó muchísimo a redondearlo y afinarlo. (Por cierto, también me ayudó a afinar la traducción).

INVESTIGACIONES

A propósito de “accidentes”, fijate en éste. Cuando comenzaron las clases, en enero de 48, una de las cosas que hizo Lida fue ponernos a trabajar en dos investigaciones individuales, una literaria y otra lingüística. Para esto nos entrevistó uno por uno: ¿qué nos gustaría hacer? ¿A qué cosas nos sentíamos inclinados? Como Lida dominaba admirablemente la mayéutica, y como yo estaba muy ganoso de trabajar y con el espíritu muy maleable, mi entrevista fue breve. Primero, ya que mi lista de traducciones de las *Herodias* comenzaba en el siglo XIII, con Alfonso el Sabio, ¿por qué no hincarle el diente a la *General estoria*, una obra casi virgen de investigaciones, y ver lo que hay allí de influencia de Ovidio y de los demás clásicos latinos? En efecto, ¿por qué no? Y me metí en la *General estoria* y comencé a documentarme y a hacer fichas. El tema de la otra investigación, la lingüística, también fue fácil de encontrar: las particularidades del español hablado en Autlán, Jalisco.

Y también sobre esto comencé a hacer fichas y fichas, destinadas a convertirse en una monografía *dialectológica* según los moldes consagrados. Ninguna de esas investigaciones llegó a cuajar, pero las dos fueron una disciplina y un ejercicio de primer orden. Una de mis actividades marginales ha sido el estudio del español hablado no en Autlán, pero sí en México, y lo que he escrito sobre eso podría dar para un librito. Me ayudó mucho, por cierto, el haber dado durante años una clase sobre “el español de América” en el Mexico City College (que luego pasó a llamarse Universidad de las Américas).

Pero lo más importante fue lo otro. Se entendía que Alfonso el Sabio era sólo el comienzo, de manera que el tema se fue ampliando más y más. Para fines de 1950, cuando terminaron las clases y El Colegio de México me mandó con beca de investigador a París y a Madrid, la ampliación era ya enorme. Para decirlo en pocas palabras: las fichas y los apuntes que iba haciendo se destinaban a un libro gigantesco que podría haber tenido este título: “La influencia helénica y la influencia latina en las literaturas castellana, de lengua catalana y de lengua portuguesa, desde la Edad Media hasta la época actual”. ¿Te das cuenta? No voy a entrar en detalles porque me da vergüenza, pero te aseguro que es uno de los proyectos de investigación más ambiciosos que se habrán hecho; un proyecto desmesurado, de plano neurótico. Es muy revelador el hecho de que a nadie, ni siquiera a Lida (o tal vez a Lida menos que a nadie), le haya dicho a qué le estaba tirando, cuál era mi meta. Yo mismo no pensaba en el asunto. Lo que recuerdo es el temblorcilo que sentía cada vez que me tocaba hacer en El Colegio de México el informe anual sobre mis actividades y llegaba a la pregunta sobre “investigaciones en curso”. ¿Cómo decir que estaba metido en una empresa loquísima? ¿Cómo decir que para concluir mi grandiosa investigación necesitaba unos 200 años de vida? La punzada de la cordura ocurrió, naturalmente, durante ese examen de consciencia que fue para mí el psicoanálisis. Ahora mi ambición es de tamaño común y corriente.

Jean Meyer. ¿Y tus famosos ficheros?

Antonio Alatorre. Mis famosos ficheros no van a culminar en nada sobrehumano, pero contienen montones de cosas potencialmente útiles. Yo, desde luego, los he aprovechado mucho, y desde hace mucho. Te pondré como ejemplo las reseñas que hice a comienzos o a mediados de los cincuenta

sobre un libro llamado *Fábulas mitológicas en España* y sobre otro llamado *Tácito en España*. Gracias a mis ficheros, esas reseñas contienen una buena cantidad de precisiones y de adiciones. Puedo decir, objetivamente, que son las mejores que se hicieron de los dos libros. O sea: a pesar de lo enfermizo de mi proyecto, los resultados no son tan negativos. La cuestión de la influencia griega y de la influencia latina sigue siendo importante, y a lo mejor un día me encuentro a un joven investigador interesado en eso. Si así es, me encantará regalarle todas mis fichas.

Además, una buena parte de mis fichas no tienen que ver con influencias clásicas, sino con otras cosas. Esto merece tal vez un pequeño desarrollo. Durante todo ese tiempo de recolección de datos, especialmente en 1951-52, cuando trabajé en las grandes bibliotecas de París y de Madrid, y en 1960, cuando tuve la beca Guggenheim y trabajé en las grandes bibliotecas de Nueva York, de Harvard y de Boston, pasaron por mis manos muchos centenares de libros y de manuscritos, especialmente de poesía, de los siglos XVI y XVII. Fueron años de cerdadera orgía. ¿Y qué sucedía? Sucedió muchas veces que la cosecha en cuanto a “influencias clásicas” era escasa o nula, y que lo que llamaba la atención, lo que me entretenía, lo que unas veces me llenaba de admiración y otras veces me hacía reír, eran cosas como la hechura de los versos, la forma, la estructura. Esto vale especialmente para la poesía barroca, o sea la que va desde 1580 (más o menos) hasta comienzos del siglo XVIII. La época de Lope, de Góngora y de Quevedo ha sido muy estudiada, pero el barroco tardío, a partir más o menos de 1650, es mucho menos conocido, y es el más abundante en sorpresas, en juegos, en innovaciones y variaciones de temas, de métrica; en fin, en toda clase de refinamientos, o de circos, si quieres. Sobre poesía barroca tengo, pues, miles de fichas. Ya casi no recojo datos sobre “influencias clásicas”, pero cuando me topo con algo relativo a juegos barrocos no dejo de tomar nota. Lo que tengo sobre cosas como el soneto en eco, el soneto centón, el soneto retrógrado, el soneto del soneto, el soneto que es al mismo tiempo latín y español, etcétera, etcétera, puede dar materia para un volumen de 500 páginas o más. Ya he comenzado a publicar artículos sobre esas cuestiones y, la verdad, me divierto mucho escribiéndolos. Creo poder decir muy objetivamente que soy, en nivel internacional, uno de los buenos conocedores de la poesía barroca de lengua española, sobre todo en su época tardía.

SOR JUANA

Y aquí, por fin, entra Sor Juana. A ella comencé a estudiarla muy tardíamente, y con absoluta honradez te voy a decir por qué. A mí me revienta todo lo que es retórica nacionalista, y durante muchos años estuve viendo cómo los mexicanos que se ocupaban de Sor Juana, sin excluir a Alfonso Méndez Plancarte, parecían interesarse en ella por ser mexicana, por ser gloria de México, y tenía yo la impresión de que a eso se debían sus elogios y sus superlativos. Resultados: Sor Juana no contaba gran cosa entre mis lecturas. No es que me fuera desconocida, pero, nunca me había puesto a leer en serio el *Primero sueño*. En 1964, según creo, publiqué un articulito sorjuanino, pero sobre una cuestión marginal. Tiene Sor Juana una serie de tres sonetos que, según Méndez Plancarte, son autobiográficos, y yo demuestro, o al menos creo demostrar, que es imposible saber si son autobiográficos o no, y que en cambio esos sonetos son ante todo una serie de variaciones sobre un epigrama de Ausonio que tuvo mucho éxito en el mundo de habla española. O sea se trata de un caso de “influencia clásica”. Fue apenas hacia 1970 cuando leí de cabo a rabo las obras de Sor Juana, y eso fue por pura casualidad...

Jean Meyer. ¿De nuevo un “accidente”?

Antonio Alatorre. ¡Ni más ni menos! En México, ni en El Colegio, ni en Filosofía y Letras se me hubiera ocurrido dar un curso o un seminario sobre Sor Juana, y a nadie se le hubiera ocurrido pedírmelo. Eso era cosa de los profesores de literatura iberoamericana, y yo era profesor de otras cosas. Pero en Princeton no estaba yo así de marcado, de manera que se me encargaban cursos sobre narrativa hispanoamericana y cosas así, lo cual me gustaba porque me hacía leer cantidad de cosas que de otro modo nunca hubiera conocido, y a veces resultaban sorpresas muy agradables (Felisberto Hernández, por ejemplo). Una vez me encargaron un curso sobre literatura hispanoamericana colonial: que el Inca Garcilaso, que Domínguez Camargo, que Sigüenza y Góngora, que Concolocorvo, que los jesuitas del siglo XVIII, tú sabes, todo eso. Y entonces se me prendió el foquito: pregunté si se valía dar un seminario sólo sobre Sor Juana, y me dijeron que sí. Fue un descubrimiento realmente sensacional. Mi interés y mi entusiasmo por Sor Juana no tienen nada que ver con el orgullito nacionalista. Una de las ideas que

siento más arraigadas en mí es esta: que la literatura de lengua española es una sola, y que dividirla en veinte o veintiuna literaturas nacionales es un empobrecimiento, una pérdida. Este mensajito mío aparece sobre todo en *Los 1,001 años de la lengua española*. Lo que pasa con la lengua, eso mismo pasa con la literatura. Y eso cualquiera lo ve. Basta abrir los ojos. Sólo en nivel de escuela secundaria se lee a Rulfo a causa de que es mexicano. Los lectores maduros no lo leen por eso, sino porque es bueno. Y los colegas de Rulfo, los que hacen grupo con él, lo mismo pueden ser mexicanos que argentinos, o peruanos, o españoles. Esta unidad básica de la literatura de lengua española salta todavía más a la vista en el siglo XVII. Sor Juana es grande en el panorama de la cultura de lengua española; decir que es grande en el panorama novohispano es disminuir su verdadera estatura. Perdóname, creo que estoy poniéndome muy profesoral. Pero sólo voy añadir una cosa: para mí, como para otros críticos, mexicanos o no, Sor Juana es una de las cumbres de la poesía barroca de lengua española. Es la última cumbre. Desde nuestro tiempo vemos esa cordillera, con sus cumbres: Góngora, Quevedo, Calderón, Sor Juana. El *Primero sueño* es, para mí, un poema tan cautivador como las *Soledades* de Góngora.

Jean Meyer. ¿Piensas reunir en un libro lo que has escrito sobre Sor Juana?

Antonio Alatorre. Sí, por supuesto. Ahora que por fin me he decidido a armar libros con mis pendejaditas, uno de los primeros sería el de mis trabajos sorjuaninos, que sumarán unas 300 o 400 páginas. Y como tengo en proyecto, o ya haciéndose, otros más, de una vez voy a decir en ese libro que se trata del “tomo primero”. Lo que me tiene algo dudoso es la heterogeneidad de esos artículos. Hay uno, sobre la *Fama y Obras póstumas* de Sor Juana, destinado a lectores muy especializados, muy picados por la araña. Otro, en cambio, titulado “Sor Juana y los hombres”, ha tenido un aplauso que bien podría llamarse “popular”. Me lo han chuleado más o menos en la forma en que me han chuleado *Los 1,001 años de la lengua española...*

A propósito, hay algo que hace rato quería decirte y luego me fui por otro lado. Iba a decir que esos 1,001 años tienen su buen lugar entre los “accidentes” de mi vida. Yo me llamo filólogo, pero estoy muy lejos de ser especialista en historia de la lengua. Si no hubiera sido porque Huberto Batis le sugirió mi nombre a la empresaria del proyecto, que era Beatrice

Trueblood, jamás habría escrito yo ese libro. Acepté la invitación inmediatamente (cosa que no se esperaba Beatrice Trueblood), porque me daba la oportunidad de contarle a la gente una historia muy bonita, pero en general no conocida más que por los profesores y los estudiantes de la materia. Y lo que ha dicho la gente, a veces de una manera que me conmueve, es que la historia de la lengua española es de veras bonita y yo la he contado de manera clara y comprensible.

Entre la gritería un poco ridícula que se ha armado en torno a los últimos textos escolares de historia de México (que si Santa-Anna, que si los Niños Héroes, todas esas cositas tan fáciles de revisar y de poner en su punto), la única objeción seria es la que dice que la historia tiene allí la forma de un catálogo, de una enumeración, y no la forma que le es propia, o sea la de un cuento que se cuenta. Yo, por lo visto, conté bien mi cuento. Tuve buena suerte. Y algo más. Cosío Villegas, por puro cariño que me tenía, quería presentar mi candidatura para El Colegio Nacional ya hacía 1970, pero no podía hacerlo por no tener yo en mi currículum ni un pinche libro; y me decía: “Amigo Alatorre, déjese de tarugadas y póngase a hacer un libro, no importa sobre qué, pero un libro”. Ese libro que Cosío nunca leyó fue *Los 1,001 años*, que en efecto sirvió para que inmediatamente se me abrieran las puertas de El Colegio Nacional. Por eso te dije que este accidente tiene un buen lugar en mi vida. Y no por razones de honor o de prestigio, sino por el vil dinero. El ser miembro de El Colegio Nacional me permite trabajar en mis cosas con gran serenidad, sin las angustias de tantos viejos por lo que será de ellos. Otra vez, buena suerte. Y aquí estoy, con ganas de seguir haciendo esto que he estado haciendo, sobre todo en los últimos tiempos. Tengo ya 70 años, pero, por fortuna, mi salud es casi perfecta.

Creo haberte contado todo lo necesario, aparte de muchas cosas que seguramente no eran necesarias. No sé si se te ocurre algo más.

LA TRADUCCIÓN

Jean Meyer. Sí, una cosa. Algo que me llama la atención es que hayas traducido tantos libros de historia. ¿Los escogiste tú?

Antonio Alatorre. No, qué va. Ni uno solo. Si se hubiera tratado de escoger, a mí me habría gustado traducir más bien novelas. Me habría gustado tra-

ducir por ejemplo a Nabokov, a Marguerite Yourcenar, a Moravia... También me habría gustado traducir a Montaigne; regalarle al mundo de habla española una traducción irreprochable de los *Ensayos*. Sólo dos novelas he traducido, brasileñas las dos: *Memorias póstumas de Blas Cubas*, de Machado de Asís, y *Canaán*, de Graça Aranha. No me quejo, todo lo contrario. En primer lugar, traducir es una tarea bonita. Claro que si traduje tantos libros (30 títulos o algo así), fue ante todo por ganar unos pesos extra; pero tuve la enorme suerte de no traducir cosas aburridas, como tratados de economía o manuales técnicos. La mayor parte de los libros que he traducido son en efecto de historia. Una de las primeras chambas que me encomendaron cuando entré a trabajar en el Fondo de Cultura fue terminar la traducción de una biografía de Guillermo de Orange, alias “el Taciturno”, por una historiadora inglesa apellidada Wedgwood. Fue mi debut como traductor del inglés. (Te advierto que aprendí a leer inglés casi sin ayuda, muy a la rústica. Lo primero que leí, sin soltar de la mano el diccionario y sudando la gota gorda, fue *Sanctuary*, de William Faulkner). Después del libro de Wedgwood vino el *Erasmus y España* de Marcel Bataillon. Lo traduje en casa, por las noches, siendo todavía estudiante de El Colegio de México. Raimundo Lida leyó unas 200 o 300 cuartillas de muestra y me ayudó mucho, porque me hizo ver muy gráficamente cómo las traducciones buenas son las que no dejan que se transparente el idioma original. Por cierto que debe de haber sido Lida quien sugirió que fuera yo el traductor, pues él fue el consejero literario número uno de Arnaldo Orfila. La primera edición de mi traducción es de fines de 1950. Tiene varias metidas de pata, algunas bastante feas, señaladas por Eugenio Asensio (que luego sería gran amigo mío) en la reseña que escribió sobre el libro. Y sin embargo, pese a sus metidas de pata, esa traducción me hizo medio famosito. La explicación es muy clara: el *Erasmus y España* es un libro sensacional; mi nombre quedó asociado o pegado a un libro sensacional.

Jean Meyer. Pero el mismo Marcel Bataillon....

Antonio Alatorre. Sí, ya sé lo que vas a decir; pero eso fue en 1966, cuando se hizo la segunda edición, corregida y aumentada, o sea: aumentada por el autor y corregida por el traductor. Fue entonces cuando Bataillon escribió su gran alabanza: “Este libro es ya más de Antonio Alatorre”, o cosa por el

estilo. Pero eso hay que tomarlo *cum grano salis*. Lo que pasa es que Bataillon, aparte de que era muy benévolo y muy cortés, quedó impresionado por lo exigente que me puse, no sólo conmigo, sino hasta con él mismo, al hacer mis correcciones para esa segunda edición.

Después del *Erasmus* vino el libro de Gilbert Highet, *La tradición clásica*, que me vino muy al pelo, porque es una historia de las influencias griegas y romanas en las literaturas occidentales, o sea justamente lo que yo trataba de hacer para las literaturas ibéricas. Decir que la mejor manera de leer un libro es traducirlo, es un lugar común; pero además es la puritita verdad. El libro de Highet es medio superficialón, y sin embargo me fue muy útil: me ayudó a ordenar mis ideas, me dio una perspectiva...

Pero no voy a hacer aquí el catálogo completo. Sólo mencionaré los librazos de dos paisanos tuyos: el de François Chevalier sobre la formación de los latifundios en México y el de Jean Sarrailh sobre la época de la Ilustración en España. Y sería injusto dejar en silencio los libros de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo* y *La naturaleza de las Indias nuevas*. ¡Lo que gocé y lo que aprendí al traducir esos dos libros, que para mí son tan obras maestras como el *Erasmus* y *España*! Una vez más: buena suerte.

INGENUIDAD

Jean Meyer. El famoso “tiempo social”, o sea la época en que nos tocó vivir, ¿pudo en algún momento reorientar tu labor?

Antonio Alatorre. ¡Válgame Dios, qué preguntita! No hallo por dónde agarrarla. Dices: “el famoso tiempo social”, dándome a entender que sobre ese término o ese concepto de “tiempo social” se ha escrito un chingo de cosas. Pero son cosas que yo no leo sino muy de vez en cuando, y que, la verdad, no me interesan mucho. Prefiero leer unos sonetos, o un cuento, o un artículo sobre algo de zoología, o de astronomía, etcétera. Lo que quiero decir es que la época en que me tocó vivir la he vivido de la manera más ingenua. No me extrañaría que entre todos los intelectuales mexicanos (si acaso la etiqueta de “intelectual” me queda bien) resultara ser yo el más ingenuo, o de plano el más bobo, el más pendejo, en cuanto a conciencia del “tiempo social”, y no digamos en cuanto a reorientaciones, o sea cambios de actitud o de comportamiento, en vista de ese “tiempo social”.

A ver si te resulta claro un esbozo de historia de mi postura ideológica. En el momento de colgar la sotana de novicio de los Misioneros del Espíritu Santo, a los 19 años, lo que había en mi cabeza era esto: Hitler y Mussolini están muy bien, porque le van a dar en la torre a todo lo que está mal: el comunismo, el judaísmo, la masonería, el materialismo, el ateísmo, etcétera; y Franco, por supuesto, está requetebien; Agustín de Iturbide está bien y Juárez está mal; la Revolución, etcétera. Tú me entiendes. No digo yo que creyera en esas cosas, sino que eran las que había en mi cabeza. Claro que, como todo está trabado, al dejar de creer en Dios, o sea al abandonar por completo la perspectiva religiosa, todo lo demás quedó cubierto por una espesa capa de escepticismo. Pero nunca me interesé en ahondar o aclarar las cosas. También en esta materia fue Arreola mi maestro; él fue quien me explicó en qué había consistido la guerra de España. Naturalmente me hice entonces antifascista y, como todo está trabado, se puede decir que pasé a ser “intelectual de izquierda”. Don Efraín González Luna, uno de los cerebros de Acción Nacional, nos consideraba evidentemente a Arreola y a mí como medio “rojillos”, aunque, como era tan civilizado, nos ayudó con dinero para hacer la revisita *Pan*, en 1945. Como ves, ese izquierdismo mío no podía ser más ingenuo. Y no se refinó gran cosa cuando luego, en México, en el Colegio y en el Fondo, conocí y traté a tantos de esos españoles que se las vieron negras y tuvieron que salir de España a causa de su izquierdismo. A fines de 1950 le conté a uno de ellos, don Luis Alaminos, que pensaba ir a España a continuar mi investigación, y que sentía eso como una traición a los españoles refugiados, aunque por fortuna la beca no me la daba Franco, o sea el Instituto de Cultura Hispánica, sino El Colegio de México. Alaminos, que era del Partido Comunista, se rió de mi ingenuidad y me dijo: “¡Tome usted una de las becas de Franco! ¡Es dinero del pueblo español, no de Franco!”.

Ahora, mira lo que son las cosas. En 1966, estando yo por primera vez como profesor en Princeton, hubo aquella cochina maniobra contra el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, y un editorialista de *El Sol de México*, apellidado García Treviño, escribió un artículo que decía más o menos: “Bueno, bendito sea Dios que ya la UNAM se libró de Chávez y su mafia de rojillos. Ahora falta terminar la labor. Siguen el Politécnico y El Colegio de México. En el Politécnico están Guillermo Haro y Arturo Rosenblueth. Y en el

Colegio, el capitán de los comunistoides es Antonio Alatorre...”. Me dio mucha risa. Por allí debo tener el recorte del periódico. Y espérate. Todavía falta un episodio en este cuento. Años después, a fines de los 70 según creo, hubo en El Colegio de México un enfrentamiento ideológico que, desde mi punto de vista, fue puro juego: jugamos a rojos y azules, a que unos eran de izquierda, progresistas, revolucionarios, y otros de derecha, reaccionarios y oscurantistas. Y yo resulté ser de los de derecha. Y, como había espías y toda la cosa, uno de nuestros espías me contó que en una junta de los de izquierda se había hecho una apreciación de las fuerzas enemigas (o sea nosotros), y que al llegar a mi nombre dijo Lourdes Arizpe: “Alatorre..., bueno. ¡Alatorre es amigo de Nixon y del Sha!”. Siempre quise preguntarle a Lourdes Arizpe por qué, exactamente, había dicho eso, pero no hubo oportunidad. ¿Te das cuenta? ¡Amigo de Nixon y del Sha yo, que en 1966 era el cabecilla de los comunistoides del Colegio de México! Y en mí nada había cambiado. Te juro que mis ideas, superficiales y todo, seguían siendo las mismas.

Los acontecimientos del 68 los viví también de la manera más ingenua. Comprendí que los líderes tuvieran necesidad de politizar el movimiento, de inyectarle ideas, pero eso de estar presente en las manifestaciones entre consignas y retratos del Che Guevara, de Marcuse y de Ho Chi Minh, me producía no sé qué sobresaltos de conciencia. ¿Qué derecho tenía yo a invocar a Ho Chi Minh, si lo sentía tan lejos de la situación que estábamos viviendo? Otra cosa era estar con los jóvenes y compartir su odio a Díaz Ordaz y a Marcelino García Barragán. Poco después llegó a mis manos un volante callejero, donde Heberto Castillo invitaba a la gente a formar lo que creo se llamaba Partido Revolucionario de Trabajadores. Leí con mucha atención el volante y sentí que la invitación se dirigía a mí. Claro, no hice nada. Me quedé sólo con este pensamiento: “Si yo le entrara a un partido político, sería a éste”.

Voy a añadir algo. En estos días en que se habla del triunfo del capitalismo y del derrumbe del socialismo, me encuentro con que mi socialismo ingenuo no ha pasado de moda ni ha experimentado ningún colapso. Nadie me va a impedir seguir pensando, o soñando, en una distribución justa de los bienes de este mundo. Seguiré simpatizando con los jodidos, y no con los dueños del poder y del dinero. Además, es un hecho que la lucha por la justicia social va a seguir adelante.

Creo que me he ido demasiado lejos. Pero tú corta lo que te parezca excesivo, lo que no tenga que ver con tu idea. Pienso que, hasta aquí, mi respuesta ha sido: “Mira, mi vida y mi quehacer han transcurrido completamente al margen del famoso tiempos social. En cualquier otra coyuntura y hasta en cualquier otro país pude dedicarme a esas cosas a que me he dedicado”. Pero eso no es verdad. Tal vez sea mejor responderte así: “Mira, el tiempo social nos mueve y hasta nos determina a todos, sin que nos demos cuenta. Mi relación con el Fondo de Cultura Económica y con El Colegio de México (el Fondo y el Colegio de aquellos años) le dio sin duda determinada dirección a mi vida. Pero sin Franco, sin el exilio español, no habría habido Colegio de México, y el Fondo habría sido algo completamente distinto de lo que fue. Piensa en la reorientación y el encarrilamiento que significó para mí el magisterio de Raimundo Lira; pero, de no haber sido por Perón, Lida se habría quedado en Argentina.

Una última cosita. A mí me gusta vivir alejado del “mundanal ruido”. Tengo vocación de ermitaño. Claro, leo los periódicos y trato de saber y entender lo que pasa en el mundo. A veces firmo manifiestos, lo cual me hace parecer hombre de acción, cosa que definitivamente no soy. Si alguien hubiera visto cómo me pasé la mañana de ayer leyendo y releendo letrillas de Góngora, bien podría acusarme de vivir en una torre de marfil. Pero estoy preparado para contestar a esa acusación. Puedo decir, sin ningún sentimiento de culpa, que en toda sociedad hay división del trabajo, y que la parte que a mí me ha tocado, porque a alguien tenía que tocarle, ha sido, por ejemplo, facilitarles el contacto con la gran poesía del Siglo de Oro a unos cuantos estudiantes universitarios. ❧